ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

COSTUMBRES ANDALUZAS

EL PESCADOR DE SAN TELMO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL,

POR

José Paneque Carrégalo.

Estrenado con éxito
en el teatro de la Princesa, de Madrid, la noche
del 1.° de Julio de 1900.

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
HIJOS DE HIDALGO, EDITORES. MAYOR 18, ENTRESUELO
1900

EL PESCADOR DE SAN TELMO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL,

POR

José Paneque Carrégalo.

Estrenado con éxito
en el teatro de la Princesa, de Madrid, la noche
del 1.° de Julio de 1900.

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
Hijos de Hidalgo, editores. Mayor 18, entresuelo
1900

Valdemoro.—Imprenta y encuadernación de la Guardia Civil.—1900.

DEDICATORIA

A los Sres. D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero, en prueba de admiración y gratitud, dedica este humilde trabajo su afectísimo s. s.

Q. SS. MM. B.

José Panque Carrégalo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La señora Victoria	Sra. García.
Angela	Srta. Elena Rodríguez.
Isabel	Sra. Rodríguez (Elisa).
Moza 1.ª	» Méndez.
Moza 2.ª	Srta. Rumayor.
Madrina de boda	» Fuentes.
El señor Manolo	Sr. Aguado.
Fernando	» Valcárcel.
Serafín	» Casanova.
Joselito	» Bernaldez.
Diego	» Miranda.
Salvador	» Gómez.
El señor Pedro	» Cantero.
Mozo 1.º	» San Martín.
Mozo 2.º	» Bernaldez (J.)
Padrino de boda	N. N.

Acompañamiento de ambos sexos, un cantador y un tocador de guitarra. (1)

La escena tiene lugar en Málaga. Epoca actual.

NOTA. Si el actor encargado del papel de Fernando sabe cantar malagueñas, huelga el cantador.

(1) Desempeñaron estos papeles, obteniendo muchos aplausos, el cantador D. Antonio Pozo (a) *Mochuelo* y D. Joaquín Rodríguez (a) *El hijo del ciego*.

OPINIÓN DE LA PRENSA CON MOTIVO DEL ESTRENO

La Correspondencia de España:

«PRINCESA.—*El Guardia autor*.—Cuando se supo que un soldado de la Guardia Civil había escrito un drama, y que éste se estrenaría anoche en el teatro de la Princesa, no faltó quien recordara á García Gutiérrez, soldado, estrenando *El Trovador*, y sentando entre atronadores aplausos, el precedente de que los autores fueran llamados á escena.

»¡Caballeros, no vale confundir! una cosa era *El Trovador*, y otra muy distinta *El Pescador de San Telmo*, original esta obra del Guardia D. José Paneque.

»Y sentado ésto, y constando que no se trata de un sol que nazca, ni de un poeta que entre en la gloria, sino sólo de un modesto Guardia Civil, sin otras alas que su afán por el arte, ni otras pretensiones que ganar honradamente el sustento de su familia, justo es decir también que los que se prometían otra *noble y rica pastora*, vieron por completo defraudadas sus regocijadas esperanzas.

»El Sr. Paneque merece ser tomado serio, tiene instinto indudable de autor dramático, y el melodrama de anoche fué en algunas ocasiones justamente aplaudido, y es bastante mejor, desde luego, que *La escarapela* y otras producciones que el invierno último se estrenaron á todo vapor, nada menos que en el teatro Español.

»Hay en *El Pescador de San Telmo* varias situaciones que conmovieron al público (muy numeroso por cierto), y el diálogo está escrito con gran soltura.

»En la ejecución tomaron parte las señoritas Rodríguez, Ruymayor y Fuentes, y las señoras Rodríguez y Méndez, y los señores Aguado, Valcárcel, Casanova, Bernardes y otros que no recordamos.

»La señora García estuvo muy bien, justo es decirlo.

»Y, en resumen, si *El Pescador de San Telmo* se hace más noches, el público lo verá con gusto, y el Sr. Paneque, bien dirigido, puede escribir obras dramáticas bastante mejores que las que antes cité, y que otras muchas que se estrenan aquí cada quince días, para desdicha del arte, y de este humilde gacetillero.—R. J. C.»—(2 de Julio de 1900).

El Liberal.—Lunes 2 de Julio de 1900:

«TEATRO DE LA PRINCESA —*El Pescador de San Telmo.*—Con éxito muy lisonjero se estrenó anoche el drama en tres actos de costumbres andaluzas, en prosa, original de D. José Paneque, individuo de la Guardia Civil, titulado (el drama) *El Pescador de San Telmo.*

»Los ruidosos aplausos con que fué acogida la obra, justificaban el interés con que el público siguió el curso de los acontecimientos. Y en honor de la verdad, puede afirmarse que el autor de *El Pescador de San Telmo* tiene instinto dramático, combina con habilidad los incidentes que surgen de la acción principal, y prepara los efectos con un buen arte, que, aun el más avisado,—el que todo lo ve y lo presiente,—no acierta á predecir el desenlace de la obra.

»Uno de los tipos, el de la señora Victoria, está concebido, presentado y sostenido con suma habilidad. Es, indudablemente, el más real del drama. La señora García Senra lo interpretó muy bien.

»*El Pescador de San Telmo* acusa en el señor Paneque excelentes disposiciones para el cultivo de la literatura dramática.

»Los intérpretes del drama cumplieron discretamente su cometido, distinguiéndose la señorita Elena Rodríguez y los señores Aguado, Valcárcel y Casanova.»

El Imparcial.—Lunes 2 de Julio de 1900:

«PRINCESA.—En función extraordinaria se estrenó anoche un drama en tres actos, titulado *El Pescador de San Telmo*, original del individuo del primer Tercio de la Guardia Civil, José Paneque, que de uniforme se presentó á recibir los aplausos del público.

»Estos fueron merecidos, pues la obra no es una vulgaridad, revelando en el autor no sólo discreción, sino condiciones, tales como la nota de

color local, que por lo que se ve, sabe dar con acierto, que pueden llevarle á más duraderos éxitos que el de anoche.

»Lo bien recibido que fué su drama, debe alentarle para continuar por el camino emprendido, en el que no parece que ha de perder su tiempo.»

El *Heraldo de Madrid.*—Lunes 2 de Julio de 1900:

«*Un Guardia autor dramático.*—Anoche se verificó en el teatro de la Princesa el estreno de un melodrama titulado *El Pescador de San Telmo*, original del Guardia Civil D. José Paneque.

»El nuevo autor no ha escrito ningún prodigio, ni se trata, por lo tanto, de una revelación literaria; pero el público tuvo ocasión de apreciar, desde las primeras escenas de la obra, que el señor Paneque dialoga con mucha corrección y tiene ciertas condiciones de autor dramático que quizá cultivadas y mejoradas por el estudio, le lleven pronto á un éxito teatral más definitivo que el de anoche.

»La concurrencia fué muy numerosa; en la interpretación del melodrama se distinguió la señora García, y el autor fué llamado varias veces al palco escénico entre generales aplausos.»

La Epoca:

«TEATRO DE LA PRINCESA.—*El Pescador de San Telmo.*—Con muchos aplausos se estrenó anoche en el teatro de la Princesa el drama en tres actos y en prosa, titulado *El Pescador de San Telmo* original de don José Paneque, individuo del primer Tercio de la Guardia Civil.

»La obra del Sr. Paneque tiene interés, pasión y efectos bien calculados; las costumbres andaluzas están bien pintadas, y algunos de los personajes, como la madre de la protagonista, son copia del natural.

»El diálogo es casi siempre oportuno, y digo casi siempre, porque en las escenas de pasión la protagonista y su novio hablan con demasiada retórica, defecto facil de subsanar, conociendo, como el Sr. Paneque conoce, la manera de hablar y los modismos de lenguaje del pueblo malagueño.

»Salvo éste y algún otro lunar, es lo cierto que *El Pescador de San Telmo* revela en su autor muy estimables cualidades para el teatro.

»En la ejecución se esmeraron todos los intérpretes del drama, distinguiéndose la Sra. García Senra.

»Al final de la obra, el Sr. Paneque se presentó en escena, recibiendo muchos y expontáneos aplausos.—Z.»

El Español.—Madrid, Lunes 2 de Julio de 1900:

«PRINCESA.—Con buen éxito se efectuó anoche el estreno de *El Pescador de San Telmo*, drama en tres actos, original de D José Paneque y Carrégalo, individuo del primer Tercio de la Guardia Civil

»La obra, aunque no se distingue por la originalidad, revela que su autor posee felices aptitudes para el cultivo de la literatura dramática.

»Los aplausos que el Sr. Paneque escuchó anoche deben servirle de estímulo para llevar á la escena nuevas obras que,—mejor interpretadas que *El Pescador de San Telmo*,—proporcionarán nuevos triunfos al modesto individuo de la benemérita.»

El Correo.—Lunes 2 de Julio de 1900:

»PRINCESA—*El Pescador de San Telmo*--Con éxito muy lisonjero se estrenó anoche en este teatro el drama en tres actos de costumbres andaluzas, en prosa, titulado *El Pescador de San Telmo*, original del individuo del primer Tercio de la Guardia Civil, José Paneque.

»La obra gustó; el público, numeroso por cierto, se interesó por algunas situaciones y celebró el diálogo, escrito con soltura.

»Los ruidosos aplausos con que fué acogida la obra, justificaban el interés con que el público siguió el curso de los acontecimientos.

»En honor de la verdad, puede afirmarse que el autor de *El Pescador de San Telmo* tiene instinto dramático, combina con habilidad los incidentes que surgen de la acción principal, y prepara los efectos con arte.

»Los intérpretes del drama cumplieron discretamente su cometido, distinguiéndose la señorita Elena Rodríguez y los señores Aguado, Valcárcel y Casanova.»

El Globo.—Lunes 2 de Julio de 1900:

«PRINCESA.—Estrenóse anoche, en función extraordinaria, el drama en tres actos y en prosa titulado *El Pescador de San Telmo*, original, según oportunamente dijimos, del Guardia Civil del primer Tercio, don José Paneque.

»Desde las primeras escenas advirtió el público que asistía al estreno que la obra no era una vulgaridad de principiante, sino, por el contrario, la revelación del autor de disposiciones y talento, de quien hay motivo para esperar que llegue á colocarse en la línea de los que valen.

»Tiene la obra una argumentación interesante y está desarrollada con verdadera maestría; labor ésta en la que, mejor que en ninguna otra, se manifiestan las buenas disposiciones del Guardia Paneque.

El público aplaudió al autor de *El Pescador de San Telmo*, que se presentó en el palco escénico vistiendo el honroso uniforme de su Instituto, y salió de la Princesa augurando para el novel autor dramático triunfos mayores de positivo y duradero porvenir.»

El Progreso Militar:

«PRINCESA.—El domingo último se verificó en este teatro el estreno de *El Pescador de San Telmo*, melodrama en tres actos, en prosa, original de D. José Paneque.

»Desde las primeras escenas del primer acto, el numeroso público que presenciaba el estreno, entró, como vulgarmente se dice, de lleno en la obra, interesándole de tal manera la exposición de ella, que únicamente era turbado el religioso silencio con que se escuchaba por las significativas muestras de aprobación.

»Se observa en toda la obra una corrección en el diálogo que revela en su autor condiciones nada comunes, que indudablemente lo llevarán, de continuar por el camino emprendido, á más duraderos éxitos, pues en la nota de color local que ha sabido darle al melodrama *El Pescador de San Telmo*, hay algo más que un principiante; hay un autor dramático que, con el tiempo, seguramente se hará perfecto si cultiva sus buenas condiciones con el estudio.

»El Sr. Paneque, Guardia Civil del primer Tercio, es digno por todos conceptos de los nutridos y prolongados aplausos con que el público le premió en la noche del estreno de su obra *El Pescador de San Telmo*, pues aparte del reconocido mérito de ella, hay que tener presente los desvelos

y sinsabores que indudablemente le habrá proporcionado dicha producción.

»Durante la representación de la obra hubo también aplausos para los intérpretes de ella, los cuales se ajustaron muy bien á sus papeles respectivos.

»Al terminarse aquélla, el público prorrumpió en una tempestad de aplausos, llamando al autor, Sr. Paneque, que en unión de los artistas compartió los honores del proscenio un sinúmero de veces.

»Nuestra enhorabuena al Sr. Paneque, al propio tiempo que le instamos para que continúe por el camino emprendido, en el que no parece que ha de perder el tiempo.—*Batería.*»

España Artística.—Madrid 9 de Julio de 1900:

«Noches de estreno.—*El Pescador de San Telmo.*—No sin motivo tengo cierto recelo al asistir á uno de esos espectáculos organizados con objeto de dar á conocer una obra original de autor incipiente que no se resigna á dejar el manuscrito en el cajón, y quiere á todo trance conseguir un nombre como libretista.

»Y con cierta predisposición en contra, confieso á ustedes que asistí á la representación del drama en tres actos y prosa, cuyo título encabeza esta hilera de renglones.

»El teatro se hallaba muy concurrido, ocupando distinguidas familias las localidades preferentes y siendo numerosas las «chicas» guapas.

»Jefes, oficiales, clases é individuos del Cuerpo de la Guardia Civil se hallaban en el elegante salón, pues no en balde el autor de la obra era un humilde Guardia de la expresada benemérita.

»Terminó la sinfonía, se hizo vibrar el timbre y alzóse pausadamente el telón.

»Si el drama de D. José Paneque fuese una de esas producciones de aficionado, á buen seguro que no le dedicara más de media docena de líneas, y sin tratar de desanimarle, evadiría juicio alguno sobre una cosa sin importancia.

»Pero *El Pescador de San Telmo* es una obra que revela en su autor completa inteligencia de lo que el teatro es, y de qué recursos se ha de echar mano para conmover ó deleitar, llegando así á producir la belleza.

»La trama se desenvuelve sin apresuramiento ni lentitud. En el asunto se producen muy bien situaciones dramáticas de mucho efecto, y el final resulta inesperado y lógico al mismo tiempo.

»Hay tipos magistralmente trazados, y para probar nuestra opinión, citaremos aquella hija de Málaga, que tan cuidadosamente interpretó la señorita Antonia García Senra.

»Chistes cultísimos, transiciones de lo dramático á lo cómico, efectuadas con mucha maestría, tal es lo que me restaba por decir para compendiar todo lo que pienso del estreno que me ocupa.

»Ahora bien, la inexperiencia del autor se echa de ver en el diálogo, y digo ésto, porque como el conjunto es bueno, salvo los defectillos en el dialogado, se hace más visible cualquier lunar, que en producciones sucesivas hará desaparecer el Sr. Paneque.

»Creo no mortificar con mi juicio al novel autor, pues me aseguran que no tiene nada de vanidoso. Y así debe ser, por cuanto desde el severo jefe de su cuerpo, hasta el honrado guardia raso, todos subieron al escenario á estrechar la mano del valiente.

»Porque valor se necesita para estrenar un drama en estos tiempos.

»Enhorabuena, Sr. Paneque, y á trabajar, que tengo ganas de aplaudirle con tanto entusiasmo como la otra noche lo hice, y aun con más, si es posible.»

La Correspondencia Militar:

«PRINCESA.—Estrenóse anoche, en función extraordinaria, el drama en tres actos y en prosa titulado *El Pescador de San Telmo*, original, según oportunamente digimos, del Guardia Civil del primer Tercio, D José Paneque.

»Desde las primeras escenas advirtió el público que asistía al estreno que la obra no era una vulgaridad de principiante, sino, por el contrario, la revelación del autor de disposiciones y talento, de quien hay motivo qara esperar que llegue á colocarse en la línea de los que valen.

»Tiene la obra una argumentación interesante y está desarrollada con verdadera maestría; labor ésta en la que, mejor que en ninguna otra, se manifiestan las buenas disposiciones del Guardia Paneque.

»El público aplaudió al autor de *El Pescador de San Telmo*, que se presentó en el palco escénico vistiendo el honroso uniforme de su Instituto, y salió de la Princesa augurando para el novel autor dramático triunfos mayores de positivo y duradero porvenir.»

Ejército Español:

«PRINCESA.—Como anunciamos, anteanoche se estrenó en el teatro de la Princesa el drama titulado *El Pescador de San Telmo*, original del ilustrado Guardia Civil D. José Paneque.

»Desde las primeras escenas, el público *entró en la obra*, como dice el *argot* de bastidores, premió con grandes y entusiastas aplausos la meritísima labor de autor dramático realizada por el Sr Paneque, autor de otras obras también aplaudidas, pero inferiores á *El Pescador de San Telmo*, que realmente marca un visible progreso en la carrera artística de su autor.

»Este fué llamado á la escena, y la crítica ha tenido para él ligeras frases de aliento y animación. El Sr. Paneque, con un poco de protección que le facilitase el estudio y fomentara sus excelentes condiciones, figuraría muy pronto entre nuestros buenos autores dramáticos.

»¿La encontrará?»

La Tribuna:

«PRINCESA.—Bajo la dirección del aplaudido actor D. Manuel Aguado, se verificó en función extraordinaria, el domingo por la noche, el estreno de la obra en tres actos, en prosa, titulada *El Pescador de San Telmo.*

»La obra es original de D. José Paneque, humilde Guardia Civil que, con su honroso uniforme, salió á recibir al proscenio los plácemes del distinguido público que llenaba la sala.

»La acción dramática se desarrolla en Andalucía, con todo el ambiente típico de ese país delicioso, embellecido por la Naturaleza y la hermosura de sus hijas.

»La tésis de la obra, ni es sencilla ni complicada, alcanzando la verosimilitud, manteniendo regularidad relativa desde el primer acto hasta el último, sucediendo los acontecimientos sin fatigar la atención del espectador.

»Está escrita con soltura. Los diálogos son vivos y animados, resaltados con el peculiar gracejo andaluz, teniendo algunos monólogos que expresan con claridad la situación del personaje, sus dudas y sus luchas contra su sino adverso; la frase es vulgar y modestamente ataviada.

»En suma: fué un éxito; gustó al público, alzándose diferentes veces la cortina para la presentación del simpático autor de *Odio de raza*, á quien damos la enhorabuena por el triunfo alcanzado, alentandole para nuevas empresas.»

»La interpretación estuvo muy acertada por parte de la señora García, que en sus modales encarnó el tipo verdad de la andaluza, que dijo con su gracia y su decir, estando inimitable.

»La señorita Rodríguez, enamorada hasta los huesos del pescador, desempeñó su cometido con la singular maestría que la caracteriza.

»El Sr. Aguado... éste diremos que estuvo bien, porque lo está siempre.

»El Sr. Valcárcel, protagonista de la obra, desempeñó con acierto, naturalidad y aplomo su papel. Es joven, y la carrera artística le brinda halagüeño porvenir si sigue por el camino que ha emprendido; y sea como quiera, es un actor.

»El Sr. Casanova: otro de buena cepa, que hizo alarde de sus facultades.

»Muy bien los Sres. Bernáldez, Miranda y Gómez, en sus respectivos papeles cómicos.

»Los demás artistas, coadyuvaron al buen conjunto de la obra.

»Dado el franco éxito obtenido de este drama, su autor tiene en proyecto su *reprisse* en uno de los principales teatros de esta corte.

»La señorita Rumayor hizo las delicias del público en el papel de *Elena* de *Los monigotes*.»

Heraldo de la Guardia Civil:

«El Pescador de san Telmo.—*Drama en tres actos y en prosa, original del Guardia Civil D. José Paneque Carrégalo.*

»Periódicos de la índole de *El Heraldo de la Guardia Civil*, no suelen disponer de mucho espacio para crónicas teatrales, absorvidos como lo están por los asuntos propios de la clase á que se destinan. Nunca, empero, como en esta ocasión, justificadas las presentes líneas; porque don José Paneque, autor del drama que tan distinguida concurrencia llevó en la noche del pasado domingo, 1.° del actual, al elegante teatro de la Princesa, es un modesto Guardia Civil; pero un Guardia Civil abrumado, como los demás, por el contínuo servicio propio del Instituto, y que ha realizado el milagro de hermanar, siendo un Guardia modelo del primer Tercio, los penosos ineludibles deberes del Cuerpo con el aprovechado cultivo de la literatura.

»Y ya está dicho casi todo lo que á la persona de Paneque se refiere, ni diría más una columna cerrada de elogios; porque levantar un edificio empezando no por los cimientos, sino por *hacer*, sin otra ayuda que las

manos, el solar donde emplazarle; vivir por completo fuera de la atmósfera literaria que muchas veces realiza y siempre desarrolla y completa la especial educación necesaria para la producción artística; carecer de tiempo y quizá de medios, no ya para estudiar y *digerir* los buenos modelos, sino hasta para leerlos simplemente y, luchando con tamañas dificultades, concebir una acción, presentarla convenientemente y llevarla á feliz término con lenguaje siempre culto y apropiado al personaje y al momento, es una labor meritísima y acusa no vulgares disposiciones en Paneque, que, si ya dió muestra de ellas en *Odio de raza*, drama estrenado con éxito en el teatro Martín, y en algunos trabajos menos importantes, ha venido á corroborarlas con ***El Pescador de San Telmo***, donde son evidentes sus progresos.

»Dicho se está que la última obra del señor Paneque no es una obra de *tésis*, como se dice ahora, ni una manifestación escénica de tal ó cual escuela literaria. Nada de prejuicios ni de violencias. Es sencillamente una página pasional sobre motivos de la rivalidad en amores, motivo eternamente nuevo y siempre fecundo é interesante, sobre todo cuando como ocurre en ***El Pescador de San Telmo***, media la diferencia de clases y luchan, no pasión pura contra pasión pura, sino el cálculo y la astucia de un hombre de sociedad con la timidez y el afecto hondísimo y sincero de un pobre pescador; página pasional muy bien sentida, en general bien parlada, y en la que abundan situaciones de verdadero interés dramático, sin que en el transcurso de la obra deje de estar discretamente tocada la nota cómica. La escena en que el protagonista narra con la sencillez y expontaneidad de un corazón virgen, cómo salvó de las olas á Angela y el orígen y el desarrollo de su inmenso amor hacia ella, es en realidad conmovedora; los finales de los actos no pueden estar mejor elegidos, dentro de la traza del drama; el movimiento de los personajes está bien combinado, y hay entre ellos uno, Victoria, la madre de Angela, que, no sabemos si con deliberado propósito del Sr. Paneque, le defenderá siempre la obra ante todos los públicos, si la actriz que desempeñe tal papel acierta, como acertó la que le interpretó en la noche del domingo, á darle su verdadero tono.

»Que ***El Pescador de San Telmo*** tiene defectos nacidos del escaso dominio del género por parte del Sr. Paneque, y ¿por qué no decirlo? De su incompleta nutrición literaria, no hay para qué negarlo, y es sumamente natural, pues la intuición y la mera laboriosidad son incapaces de suplir á estudios bien ordenados y dirigidos. El primer acto se desliza un tanto lánguido, y en cambio en el segundo, según la frase consagrada, *se precipitan los acontecimientos*, es decir, se amontonan las situaciones demasiado; en el tercer acto, la escena de los pescadores borrachos, resulta ex-

temporáneamente larga y pesada, y lo mismo decimos del soliloquio de la desolada Angela, con sus dejos de *tumba* y *hachero* que ya no convencen al público de nuestra época. De todas suertes, D. José Paneque logró un éxito por todo extremo halagüeño, y al final del segundo acto, y sobre todo en la terminación del drama, hubo, entre grandes aplausos, de presentarse en escena repetidas veces.

»La compañía cooperó al triunfo eficazmente, y en cuanto á la concurrencia, era numerosa y brillante. Allí estaban las distinguidas familias de los generales Dabán, Palacios, Montes Sierra y Vega; D. Manuel Morell, Coronel del primer Tercio á que el autor del drama pertenece; el Jefe de la Comandancia de Madrid, señor Feliú; el Capitán del Escuadrón de la misma, señor Calvo; el Jefe del Negociado de tropa de la Dirección general de la Guardia Civil, Comandante señor Moreno de Raya; el Capitán del 14.° Tercio, D. Eusebio Dacal; el Teniente de la Comandancia de Caballería, señor Molina, y otros varios Oficiales, cuyos nombres sentimos no recordar; representaciones del Centro del Ejército y Armada y del de la escala de reserva, y, entre muchos periodistas, algunos muy apreciados por sus críticas literarias.

»Nada faltó, en suma, para la completa satisfacción del señor Paneque, de cuyo drama no cabe, ciertamente, asegurar que sea una obra genial, pero sí que revela muy apreciables dotes, las cuales, robustecidas por un constante estudio, pueden conquistarle un puesto en la república de las letras.—*Rafael Amblés.*»

ACTO PRIMERO

Telón largo, representando una playa; delante de ésta, una carretera que atraviese la escena de izquierda á derecha. A la derecha, y ocupando los términos 1.° y 2.°, la fachada de una casa con dos cuerpos, y en cada uno tres huecos practicables, siendo el principal de balcones, y el bajo, con dos ventanas laterales, con rejas salientes y de zócalo bajo

En las ventanas y en los balcones, habrá tiestos de flores, y dos macetones grandes á los lados de la puerta. A todo el largo de la fachada, habrá una parra, y de ésta, penderán unas cuantas jarras; debajo de la parra, unas cuantas mesas con sillas alrededor, y sobre una de ellas que estará en segundo término, manteles, cubiertos, etc., etc.

La acción comienza á la puesta del sol.

ESCENA PRIMERA

DIEGO y SALVADOR están cosiendo las roturas de una red, que estará tendida en el suelo.

DIEGO. —¿Te quea mucho Salvaor?

SALVD. —Dos tronaeras como la puerta é la Catedrá.

DIEGO. —¿De muchas mayas?

SALVD. —De tres ó cuatro.

DIEGO. —Pos aligera,... hay aquí una, que si la pillara un sastre, tenía costura, lo menos pa tres semanas.

SALVD. —Bien poía *el pescaor* haber venío á ayuarnos...

DIEGO. —Deja tú á mi compare, que bastante tiene el pobresillo.

SALVD. (Va junto á Diego).—¡Ea! Ya espaché. ¡Está la ré que no vale un pimiento!

DIEGO. —¡A bien que dise el señon Serafin, que se pue pescar con ella!... ¡Tío mas roñoso, no he visto en toa mi vía!...

SALVD. —¡Como que paese que va herear al amo!

DIEGO. —Que se limpie, que está é güevo.

SALVD. —¡De menos mos jizo Dios! Él trabaja, pero las perras que hay en esta casa, quien se las llevará, será él ¡Güen peine está el alma mía!

DIEGO. —¿Lo dices tú, porque se llegará á casar con Angela?...

SALVD. —Sí; por eso lo digo.

DIEGO. —Eso quisiera él pa jartarse é reir. Angela no está por *casorios*, Angela, está,... por lo que está. Por ser monja.

SALVD. —Me paese á mi que no... Tiene malos ojos pa sacerdote.

DIEGO. —Esengáñate, que Angela es hija é su pare... ¡y el amo es!...

Cuando el señon Manolo pasa por delante del trunfo é Torrijos, dice: ¡Lo que era menester, que hubieran sío más...!»

SALVD. —¡Sí, sí! Fíate tú de lo que paese. ¡A Angela le gusta más el palique!... ¡Ya verás luego en la comía! ¡Lástima que no mos apañe ella é comer otro año el día é su santo!... ¡Meterse á monja, una muchacha como ella!...

DIEGO. —¡Allí debían de estar toas, y se quitarían los hombres más de cuatro dijustos. ¡Qué mal ganao son!

SALVD. —¡Calla ereje!...

DIEGO. —¡Y es la verdad! . Si Angela se queara aquí, y por la casoliá le diera la gana de jaçerle cara al administrador, ¡se iba á formar un *chinchan* con mi compare Fernando!...

SALVD. (Rie).—¿Qué se iba á formar?...

DIEGO. —Pos lo que pasa siempre. El uno, á *veró*, y el otro, al *batatar*. Y ella;... pos ella, ya se sabe, con asomarse á la reja é la carce, y decirle al que estuviera allí... «¡Me alegro de verte güeno!» Estaba cumplía.

SALVD. —¿Pero el *pescaor?*...

DIEGO. —La quiere tanto como á su mare... ¡Y mía tú que á su mare la quiere él un poquillo!...

SALVD. —¡¡Valiente *guillao!!*... ¡Con tan poco pelo enamorarse de una mujer que tiene su pare más duros que *Rochin*!

DIEGO. —¡Pos ahí pués ver lo que son las cosas! Se le ha metío entre ceja y ceja, y no hay quién lo saque de ahí. Ella es quien lo tiene tan flaco y tan escolorío.

SALVD. —Y á ella, ¿quién la tiene tan consumía?

(Levántanse y recogen la red).

DIEGO. —¡Los latines, hombre! ¡Los latines! ¿no ves que gasta tanta saliva!... (Al soltar la red junto á la puerta). ¡Puñalás te dén! que paeses la manteleta é una bruja.

ESCENA II

DICHOS, más FERNANDO que llega por la izquierda, muy triste.

FERND. —¡Güenas tardes, señores!

DIEGO. —¡Hola, compare!

SALVD. —¡Ven con Dios! Yo te jecía en los toros.

FERND. —¡Güenas ganas de toros tengo yo!

DIEGO. —¿Pos no le dieron á usté tres pesetas esta mañana, pa que fuera á divertirse?

FERND. —Sí; pero estaría güeno que yo me gastara el dinero en una papeleta y que la pobre é mi madre anduviera por ahí, con el pié por el suelo.—¿Y ustedes, por qué no habeis io?

SALVD. —¿Yo? .. por que estoy entrampao con la casera, y como ya vá jasiendo fresco por las noches.....

DIEGO. —Y yo, por que las esmanqué. Esta mañana me fuí al «Perche» y me junté con unos amigos... ¡y lo que pasa! en menos de un segundo, se jueron cinco rales: luego compré tabaco y papel y

con los seis rales que me quearon, me ajunté con otro, y los metí á la lotería. Siempre me tocará lo que le toca á los pobres; un rayo que los parta.

FERND. —¿Y la ré, queó ya?

DIEGO. —Ya queó... Dentro de una semana, no sirve ni pa coger el encierro de una corría é toros.

FERND. —Hay que tener pasiencia y mirar por el amo, que es el que mos dá á ganar el pan que mos comemos.

SALVD. (Santiguándose).—Amén.

FERND. —¡Pero!...

DIEGO. —No le jaga usté caso. .

SALVD. —¡Na, hombre! ¡Na! Creí que estabas echando un sermón de los tuyos.

DIEGO. —¿A qué hora salimos esta noche?

FERND. —A las 11. Quiere el amo que echemos un lance na más.

SALVD. —Dios le conserve muchos años las mismas ganas. (A Fernando). ¿A tí te habrán conviao también á comer?

FERND. —Igual que á los emás.

DIEGO. —Pos mía aonde está la mesa, esperando que vengan los otros. ¡Y vaya una comía! Güele la cocina á *refictorio* é frailes. Yo le he dicho á mi mujer, que me tenga prevenios pa mañana, dos rales de *saldiguera*.

SALVD. —Pos yo no... Como pienso efalagarla con el vino... (A Fernando). ¡Te habrán conviao también á la fiesta!

FERND. (Con pesar).—¿Pero hay fiesta?

DIEGO. —¡Sí! ¿Pero usté no lo sabía?

FERND. —Ni lo sabía, ni lo esperaba.

SALVD. —Pos, sí, la hay, ¡y güena! ¡Hay conviaos la mar de gente! La niña Vitoria quiere echar las espeías bien echás; como este año es el último que pasa la muchacha al lao de ellos.

FERND. —Sí. Lo sé... ¡Será el último! (más triste). Estaba por irme, y que otro pescara esta noche en mi lugar.

DIEGO. —¿Pero qué le pasa á usté?

FERND. —Na; estoy así.. un poco dijustao.

DIEGO. (Bajo á Salvador).—¿Lo ves tú?... Lo mesmito que yo te dije. Este pierde la *chuchi*, más fijo que el dorar. (Alto). Déjese usté de enfermeaes, que en cuanto se mete uno en la cama se lo comen los ratones.

SALVD. —Y dice Diego mucha verdá .. Hoy á tocao comer bien y divirtirse; vaya por los muchos días que se expone uno á perder la pelleja por esas costas.

ESCENA III

DICHOS, más la SEÑORA VICTORIA, que asoma por la puerta del ventorrillo. Luego ANGELA, la cual dará á conocer desde sus primeras palabras el grande afecto que siente hacia FERNANDO.

VICTO. —¡Diego! Y los otros muchachos ¿no han venío tcavía?

DIEGO. —No, señora. Ni los espere usté en güen rato. Jasta que dejen

á los mataores en dentro de la fonda, y en dentro de sus tripas tanto vino como agua hay á la vista, no vienen.

VICTO. —Pos dí tú que vá á estar güena la comía pa cuando vengan ellos. ¡Ni pa emplasto!

SALVD. —Yo que usté, la ponía en la mesa.

DIEGO. —Eso es; pone usté la comía, y cuando vengan Joselito y los emás, les dá usté pa que saquen una bula.

FERND. —¿Y pa qué vá usté á ponerla toavía? Dejarlo que vengan ellos; ¿que más sus dá?

VICTO. —Qué, por fín, ¿se pone, ó nó?

DIEGO. —Que traiga usté la moraga. Tengo yo el estómago, que necesita tapas, medias suelas y contrafuertes. (Aparte). Supuesto..... ¡como que estoy en ayunas desde que me conviaron!

VICTO. —Sí; es mejor. ¿Comereis aquí fuera? Está ya puesta la mesa.

SALVD. —Sí; debajo é la parra. Jase mucha calor.

DIEGO. —¡Al fresco! ¡Al fresco!

VICTO. (A la puerta). —¡Angela!

DIEGO. (A Fernando y Salvador). —¡Hoy vamos á tagelar á lo pavo! ¡Vaya un santo con estilos, con recursos y con circunstancias!

ANGL. —¡Mamá! (Entrando).

VICTO. —La comía pa éstos.

ANGL. —¡Voy al momento! ¡Buenas tardes, Fernando! ¡Buenas tardes, Salvador! ¡Buenas tardes, Diego!

FERND. —¡Muy buenas!

DIEGO —Y alumbrás por los ojos é su cara.

VICTO. —¡Diego! ¡Diego! ¡Deja la muchacha!

DIEGO. —¡Ya estoy callao! Se paese usté á una maestra é miga que yo tuve. ¡Siempre estaba con la caña alzá!...

ANGL. —¿Con que la comida?

DIEGO. —Y el vino también.

ANGL. —Vendrá en abundancia. (Sale Angela y luego Victoria, volviendo poco después la primera con una cazuela grande, y la segunda con pan y vino).

DIEGO. —¿Habeis visto? No hay cosa como tener perras, pá que los muchachos salgan listos. En habiendo parné, ponen á las chiquillas en el colegio, que cantan en la mano. ¡Cuidao que es fina!

SALVD. —¡Vaya si lo es! Como que desde que andaba en gatas, no ha salio del colegio é las monjas.

FERND. —Variar de converzación... Jaserme el favor.

VICTO. (Después de arreglar la mesa.) —¡Ea! Ya está tóo listo. Andar, que se enfria.

DIEGO. —¡Allá vamos! (A Fernando que se queda atrás). ¡Pero ande usté hombre, que va á ser menester traerle la yunta é las ánimas!

SALVD. (Siéntase y come.) —No tendreis qué echarme empeños á mí.

ANGL —Vamos; anden ustedes, que esto viene de año en año.

FERND. —Tengo tan pocas ganas...

DIEGO. (Come con ansia.) ¿Ustedes gustan? (con un vaso de vino en la mano) Por la salú de toos y toas. (A Angela.) ¡¡Qué lástima que se haiga usté empeñao en que este año se acabe el mundo!!

ANGL. —¿Lo dice usté por mí?

DIEGO. —¿Por quién va á ser? Así que usté se meta monja, ¿á qué santo le vamos á rezar el año que viene, tal día como hoy?

VICTO. —¿Quéreis comer y dejarnos de converzaciones?

ANGL. —Este Diego, es muy bromista. No le haga usté caso. ¿Pero usté no come, Fernando?

DIEGO. —Deje usté á mi compare, que está é purga.

VICTO. —Beber vino, que hay más

DIEGO. —¡Señá Vitoria! ¿Qué santo es mañana, que mos ha puesto usté de vigilia?

VICTO. —¡Vigilia á la carne! ¿Estás loco?

SALVD. —Pues por lo mismo ¿Qué comemos nosotros en tóo el año?

ANGL. (A Fernando.) —Está visto, que como yo no le dé á usté de comer lo mismo que á los niños, no va usté á probar bocado. (Le sirve) Coma usté, Fernando... coma usté y beba vino.

SALVD. (Bajo á Diego). ¿No te decía yo que. .?

VICTO. —¿Está listo el arroz con leche?

FERND. —Gracias Angela. ¡Muchas gracias! Es que no pueo comer. Tóo lo que me echo en la boca, me se atraviesa aquí (la garganta) y de aquí no pasa.

ANGL. —¿Es que no le gusta á usté la comida? Si es por eso, poco favor me hace, porque hoy he sido yo la cocinera.

VICTO. (A Fernando.) Sin duda que estás encelao. ¡Vamos, come, lo mismo te van á dar!

DIEGO. —No diga usté disparates, Angela. La comía está,... que de la mesa, al cielo!—¡Y si nó... repita usté mañana, na más que por ver!...

VICTO. (A Diego.) —Camastrón... come y calla (vase.)

ANGL. —¡Muchas gracias, Diego!

FERND. —El Señor me libre de ofender á usté, ni con el pensamiento.

DIEGO. (A Fernando.) —¿No quieres comer? Pos déjalo: de guisotes á onde tóos los conviaos fueran como tú, no me echaban á mí ni con una tranca. Alarga eso (A Salvador. por el vino).

FERND. (Suelta el tenedor.) ¡Que no puee ser! Se acabó.

SALVD. —¡Camarero! Agua y palillos pa este señorito.

ANGL. —¡Pues hijo!... ¡Vaya una comida que ha hecho usted! Es lástima, que no sea usté tan valiente para *ciertas cosas* (muy marcado) como lo es para arrojarse al mar, cuando alguno de sus semejantes corre peligro.

DIEGO. (A Salvador). ¿Entendites la toná? ¡Aquí va haber lío!

FERND. —¡Dispense usté, Angela! ¡Dispense usté! Hay ocasiones en la vía, que aunque le sobre á uno la voluntá, no es posible.

DIEGO. (Golpeandose el vientre.) ¡Cualesquiera dobla este costal!...

ANGL. —¿Concluyeron ustedes? (Recogiendo los platos.) Pues voy por el postre. (Al salir.) ¡Pobre Fernando! ¡Cuánto sufre con mi clausura!

ESCENA IV

FERNANDO, DIEGO y SALVADOR

DIEGO. (Dando vino á Fernando). —¡Compare! Á remojar los labios.

FERND. —No quiero.

DIEGO. —¡Me tiene usté hoy la sangre frita! Por mi libertá.

SALVD. —¿Pero que le pasa á éste?

DIEGO. —¿Qué ha de ser? Lo mesmito que yo te dije. Y el mu atún, se está quitando la vía, na más que por que sí.

SALVD. —¡Chiquillo! ¿Pero es verdá que estás enamorao de la hija del amo?

DIEGO. —¡Pos ya lo creo! ¿No lo ves? Ca vez que ella viene se le pone la cara é color de tierra.

SALVD. —¿Pero tú estás loco? Desde cuando acá has perdío los cinco sentíos? ¿Tú no comprendes que eso no pue ser de ninguna de lás maneras? ¡Tan rica! ¡Tan fina!... y sobre tóo ¡una mujer que se va á meter en un convento!...

DIEGO. —No le hables de esas cosas, que le van á entrar calambres. Eso es quien lo tiene así.

FERND. —Sí.. Eso es. . ¿Pa qué negarlo? Yo estoy mu convencío de que mía no pué ser, porque soy un triste pescaor; pero no quisiera que se fuera del lao mío. Yo me conformo con verla, con contemplarla. . y si alguno la ofendiera, ¡jasta sería capáz de arrancarle la vía! .. ¡Pero eso de que se la lleven!.. Eso de que yo no la güelva á ver más!. . Vamos, que no lo pueo sufrir.

SALVD. —Yo que tú, le diría algo. Ná se pierde Si me contestaba bien, güeno. Si no, tal día jizo un año

DIEGO. —No se lo dijo cuando no pensaba ella en ser monja; ¿cómo se lo va á decir ahora?...

FERND. —¿Y pa qué? ¿Pa quear en mal lugar? Yo estoy mu penetrao de mi pobreza y de que en el mundo hay cosas imposibles, y esa es una

DIEGO. —Lo que debía haber jecho mi compare, es lo que yo le dije hace mucho tiempo.

SALVD. —¿El qué?

DIEGO. —*¡Tocar suela!* Lo que no apaña, se deja, y lo que no se vé, se olvía. Angela le ha entrao tanto á mi compare por el ojo derecho, que vamos... le ha jecho mal de ojo.

FERND. —¿Pero usté comprende que eso pué ser? ¡Si no es posible! En este mundo no he querío á nadie como quiero á mi madre, y desde que yo era mu niño le decía al ver los apuros y las fatigas que había pasao pa criarme «Si alguna vez, madre, fuera yo hombre, y te viera tan mal como estamos ahora, sería capáz... jasta de ser ladrón porque tú lo pasaras bien.» ¿Pa qué lo dije?... ¡Pa ná!. . porque llegó la hora en que mis ojos vieron á esta mujer, y toas mis palabras se las llevó el viento; porque yo,— bien lo sabeis—podía ser un hombre hoy día, y estar ganando munchos duros en la marina mercante, y esa pobre vieja, vi-

viría, como viven otras; jecha una marquesa ¿Y sabeis por qué está sujeta á la miseria que yo gano en la playa?.. Pues.. ¿yo soy un mal hijo? ¡No! Es que en esta casa hay una argolla, en esa argolla, una amarra; ¡amarra, cuya punta está sugeta con nuos mu apretaos, .. yo no sé á qué parte é mi cuerpo, pero pa mí es que me tiene atrincao por el mismo corazón!...

SALVD. —¡Oyes, Fernando! ¿Y desde cuando viene ese querer?

FERND. —¡De lejos; de mu lejos!

DIEGO. —De cuando éramos zagalones. ¡Mira tú si jace tiempo! ¿No te acuerdas tú, cuando la hija del amo salió á echar un paseo por la mar y naufragó la barca que la llevaba?

SALVD. —Sí; ya me acuerdo.

DIEGO. Pos este fué quien la salvó. De entonces viene el mal nombre que tiene y el estar trabajando aquí

SALVD. —¿De móo que la cosa viene de un salvamento? (ríe).

FERND. —De un salvamento, sí. ¡Y de mucho antes!

SALVD. —¡¡Pos anda que si ca vez que saca uno una persona é la mar tuviera que quererla!! El año pasao saqué yo allí en el muelle á un Sargento é Carabineros picao é viruelas y con unos vigotazos, ¡así!

ESCENA V

DICHOS, más ANGELA que entra trayendo una fuente. Luego el SEÑOR MANOLO.

ANGL. —El postre, y ustedes dispensen la tardanza. Tenía unos dulces al fuego.

DIEGO. —¡Hola!... ¡Arroz con leche!... paso.

ANGL. —¡Cómo!

DIEGO. —¡Que no quiero ponerle impedimentos al vino!

SALVD. —¡Yo digo lo mismo!

ANGL. (Con solicitud).—¿Usted, Fernando? ¡Mire que está muy superior!

FERND. —¡Si fuera posible!

ANGL. —¿Traeré fruta y unos dulces?

SALVD. —No jace falta. En habiendo vino...

DIEGO. —No es menester. Yo me he puesto que no me pueo doblar. Ahora vamos á poner los avíos en las barcas, y Dios sobre tóo. (Todos de pié).

ANGL. —¡No! ¡no marcharse! Traeré unos cigarros. (Dirígese á la casa llevando la fuente, y entra Manolo). ¡Dios mío! ¿que va á ser de este hombre?

MANOLO. —No hace falta que los traigas... Ya están aquí. (Dando cigarros á los tres).

ESCENA VI

FERNANDO, DIEGO, SALVADOR y el SEÑOR MANOLO. Luego ANGELA para retirar la vagilla.

MANOLO. —¿Qué tal? .. ¿Se ha comido bien?
DIEGO. —¡De primera!
SALVD. —Así tóos los días.
MANOLO. —Y mejor lo que Dios quiera. El año que viene nos acordaremos mucho de este día. Mi Angela estará ya hecha una reverenda madre. (Entra Angela). ¿Verdad, Angela?
ANGL. —Sí, señor; al menos ese es mi deseo. (Fingiendo. Vase).
MANOLO. (Aparte). —¡Cuánto vale! (alto) ¿Los otros muchachos, no vinieron al fin?
FERND. —No, señor.
DIEGO. —Estarán de toros.
MANOLO. —Bien se vé... Ustedes son más aplicados... Con que á dejarlo todo listo, para que á las once os hagais á la mar.
DIEGO. —Está ya tóo arreglao.
FERND. —No faltaremos.
SALVD. (Cogiendo la red). —¿A la «San José»?
FERND. —O á la «Juanita». Lo mismo da.
SALVD. (Sale cantando por la izquierda)· —«Con güen viento y luna clara, naide se pierde en la mar.» (Salen los pescadores).

ESCENA VII

EL SEÑOR MANOLO y la SEÑORA VICTORIA. Luego SERAFIN por la izquierda, con un envoltorio en la mano.

VICTO. (Entrando). —¿Paese que se tardan lo vecinos, Manolo?
MANOLO. —No tardan, mujer. Hay en las casas algo más que hacer que ir de diversiones
VICTO. —El caso es que vamos á comenzar mu tarde.
MANOLO. —Mucho mejor. Menos ruido nos dan. Por mi parte no me hubiese metido en tales jaleos, pero por no disgustarte... ¡A ver si ocurre lo de aquella vez!
VICTO. —¿El qué?
MANOLO. —¿No te acuerdas? Por supuesto, no es extraño, porque tú en oyendo tocar una guitarra, te olvidas de que estás en el mundo.
VICTO. —¡Ya! ¿Lo dices por aquel dijustillo que hubo la pascua?
MANOLO. —¡Dijustillo!... Y fueron cuatro á presidio, tres al hospital y dos al cementerio.
VICTO. —¡De cualquier cosa te espantas!
MANOLO. —Sí; yo me espanto de poco; tengo esa falta. En el tiempo que llevamos de tener el ventorrillo, ha venido el juzgado *ocho veces*. ¡Y de testigo!... yo no sé las que habré tenido que ir. ¡Los rin-

cones de la Audiencia los sé mejor que mi casa! Así es, que cuando oigo hablar de fiestas, me tiemblan las carnes. Parece que se trata del juicio final. (Llega Serafín).

VICTO. —Mira el señon Serafín como no falta.

SERAF. —Felices, señora Victoria, señor Manolo...

VICTO —Venga usté con Dios.

MANOLO. —Buenas tardes.

SERAF. (Sentándose). —Dispensen ustedes que tome esta medida, porque vengo cansadísimo. ¡Jesús qué calor!

VICTO. —¿Si?

MANOLO. —Bien se conoce. ¿Quiere usted tomar un refresco? ¡Victoria! Tráele al Administrador un refresco de lo que él quiera.

SARAF. —¡Cah! .. Ni pensarlo... ¡Muchas gracias!.

VICTO. —¿Una limonáa? ¿gaseosa?

SERAF. —¡Nada! ¡nada!

VICTO. —¿Una copita?

SERAF. —Ya saben ustedes que no bebo.

VICTO. —Pos entonces, como no quiera usté un abanico ..

SERAF. —Lo tengo (sacándole). Ya ésto es vivir. ¡Señor Manolo! tenemos que hablar mucho y de prisa.

VICTO. —Yo me voy.

SERAF. —Por el contrario; quédese usted, tengo la seguridad que ha de agradarle lo que voy á decir.

VICTO. —¡Tengo que hacer! (sale).

SERAF. —Como usted quiera.

ESCENA VIII

SERAFIN y el SEÑOR MANOLO; éste toma asiento junto á Serafín.

MANOLO. —¿Se trata de algún negocio?

SERAF. —Y muy regular por cierto.

MANOLO. —Ya escucho

SERAF —¡Se necesitan 15.000 duros para una primera hipoteca.

MANOLO. —¡Con que 15 000 duros! ¿Y sobre qué?

SERAF. —Sobre el lagar de «Las llaves». ¡Una finca de lo mejor que hay en la vega! Los hijos de Fernández se están dando tanta prisa por destrozar el caudal que les dejó su padre...

MANOLO. —¡No es mala finca! Si no tiene algún *lío*...

SERAF. —Ninguno. Lo sé muy bien Al hablarme de este asunto, me acordé de usted; con que usted dirá.

MANOLO. —Eso usted. ¿Tenemos dinero en el Banco, bastante para ello?

SERAF. —De sobra .. Y en el caso de que no lo hubiese, se puede vender papel. Hoy se gana.

MANOLO. —¿En qué condiciones?

SERAF. —Las que pongamos nosotros. Ellos están hasta aquí (por el cuello) De modo que sean cuales fueren, la aceptarán... ¡no hay la menor duda! Yo soy de opinión, que el plazo sea corto, el interés largo, y la hipoteca á retroventa.

MANOLO. —¿Y en cuánto está apreciado ese lagar?

SERAF. —En 100.000 duros, y á mí me parece poco. De modo, que bien merece un sacrificio. El mundo es así; para cada uno de esos que se dan tanta prisa por tirar, es preciso que vaya otro detrás para recoger. Por eso no se pierde nada.

MANOLO. —Bueno .. yo fío en usted. ¿Para cuando ha quedado usted citado con ellos?

SERAF. —Para esta misma tarde. Nos esperan en la Caleta, en el café de Hernan Cortés. Conviene que vayamos. Ellos están de *juerga* y de mujeres, y con seguridad que los primeros cuartos los necesitan por el momento... ¡Y si no vamos!

MANOLO. —¡Y tiene usted razón! Iremos (Hacia la casa).

SERAF. —No estarían de más unos cuantos miles de pesetas.

MANOLO. —Las llevaré (saliendo). ¡Hombres como éste no se crían en el mundo!

ESCENA IX

SERAFIN, luego ANGELA por la puerta del ventorrillo.

SERAF. —Si como soy pobre, tuviese un mediano pasar, pronto llegaría á millonario. ¡Este país es una delicia para los hombres de cálculo! Pero no se verán cumplidos mis deseos; la suerte es tan ingrata para conmigo, que ya, ni la esperanza me queda de que los cuantiosos bienes del señor Manolo puedan llegar á mi poder .. porque al entrar Angela en el convento... (pausa). ¡Ah! ¡si yo pudiese hacerla desistir!... ¡Si pudiese persuadirla!... Sería dichoso; rico y amado por una mujer tan hermosa como ella lo es, debe ser la mayor de todas las felicidades... Ya viene; ¡lástima de rostro para que le cubra un velo! y sobre todo ¡lástima de fortuna!

ANGL. (Entrando) —¡Don Serafín!

SERAF. (Al encuentro). —¡Encantadora Angela!

ANGL. —Buenas tardes. (Con timidéz).

SERAF. (Con solicitud). —¿Pequé, verdad? Me salí fuera de los límites prudenciales como me sucede siempre? ¡Perdón!

ANGL. —No, pero esas palabras ..

SERAF. —¡Dispense usted, Angela! dispense usted... al estar en su presencia, quiero contenerme, pero á veces, no me es posible. (Dándole el envoltorio). Unida á mi más entusiasta felicitación, por el día de su santo, dígnese aceptar este humilde obsequio, el cual no tiene otro mérito que la voluntad con que se ofrece.

ANGL. —Usted siempre tan cumplido y tan fino.

SERAF. —Y tan desgraciado á la vez, podía usted decir. Pensar en mi oferta, me entristece como no puede menos, porque ofrecer un hábito de monja á una muchacha tan linda como usted... es

así, vamos, algo parecido á un crímen, y me atormenta, Angela, ¡me atormenta de una manera horrible!

ANGL. —¡Don Serafín! Considere usted...

SERAF. —Lo sé, pero no puedo... Su papá.

ESCENA X

DICHOS y MANOLO que entra. Luego VICTORIA, al final ISABEL, MOZAS y MOZOS, TOCADOR con guitarra y acompañamiento.

MANOLO. —¡Ea! Ya estamos listos, y podemos ir donde usted quiera.

SERAF. (Bajo).—¡Adios, Angela! Es usted mi martirio, y si se empeña, será la causa de mi muerte (Llegan los invitados por el último termino derecha.)

MANOLO. —¡Victoria! ¡Victoria! ¿No decías que tardaban los vecinos? ¡Ya los tienes aquí!

VICTO. —¡Cuanto güeno!

ANGL. —¡Jesús! ¡Jesús!.. Yo creí que no íbais á venir. (Saludos recíprocos.)

MANOLO. (A todos.)—Ustedes quedan en su casa, y dispensen por un momento... Pronto volvemos. (Vase por el último término derecha con Serafín).

ISABEL. Que no tardeis muncho, compadre.

ESCENA XI

ÁNGELA, VICTORIA, ISABEL, MOZA 1.ª y 2.ª, MOZO 1.º y 2.º, TOCADOR, CANTADOR entre el acompañamiento (animación).

VICTO. (En la izquierda).—¡Diego! ¡Fernando! ¡Salvaor! Venir acá. (A todos) Ir cogiendo sillas, que ya van á traer más.

ISABEL. (A Victoria en primer término). - ¡Vaya, mujer, me alegro! ¿Con que á mediaos de mes, se va tu hija al convento?

VICTO. (Con pesar).— Sí... A mediaos de mes se va, se le ha puesto á mi marío en la cabeza, y como él tiene que quear bien con su familia, aunque á mí me caiga una bomba...

ISABEL. —¡Ya! ¿Pero tú no quieres que se vaya?

VICTO. —¡Paese mentira que digas esas cosas! ¿Te gustaría á tí, ahora que vas pa vieja, que se murieran tus hijas y te dejaran sola?

ISABEL. ¿A mí? ¡No me lo digas siquiera! Con tanto como se quieren los hijos, y tanto como se pasa pa criarlos.

VICTO. —Pos eso mismo me pasa á mí; se va, porque yo no pueo estorbarlo. ¡si yo pudiera!..

ISABEL. —¡Pero explícame! ¿Por qué ese cambio tan grande en tan poco tiempo? no me lo sé explicar.

VICTO. —¿Qué quieres que sea? El viaje que echó mi marío á ver á la familia. Los consejos de mi cuñaita, ¡que tiene que estar un

peine!... ¡Mira tú, que pa jaserle creer á mi hija que lo mejor que pue jacer una mujer es meterse entre jierros como si fuera una cotorra ..

ISABEL. —Sí, debe ser eso mu triste.

VICTO. —Y no es eso solo Desde que vino de allí, no es quien era. Triste, flaca, escolería, too lo tiene A lo mejor me pongo á hablar con ella, y le entra un jamacón, de esos que le dan á ella de poco tiempo á esta parte, y es menester andar con esencias, y con meicos .. ¡y con el infierno!... Así te digo, que estoy jarta, ¡pero jarta de verdá!

ISABEL. —¿Será cosa que esté arrepentía y por no dijustar al compadre?

VICTO. —Milagro sea. Pero si es así, debía decirlo, que de convencer á mi marío ó de arrancarle las patillas, ya me encargaría yo.

ISABEL. —Pos eso es; no tengas duda .. Angela se ha enamorao y ya no quiere ser monja.

VICTO. —¡Tampoco! Es mu rara: no quiere á nadie. A toos los que se han arrimao á ella antes y después, los ha espachao con viento en popa Si el mar fuera una persona, pue que sí, que estuviera enamorá... ¡No hay quien la quite de mirar al mar en too el día!

ISABEL. —¿Tendrá tirisia?

VICTO. —Quien la va á cojer soy yo, como la cosa no se enmiende.

ESCENA XII

DICHOS, más FERNANDO, DIEGO y SALVADOR por la izquierda. Al final JOSELITO, por el mismo lado.

DIEGO. —¡Güenas tardes señores! (Los concurrentes, responden).

FERND. —¿Qué quería usté, señora Victoria?

SALVD. —¡Bien por la flor y nata de la gracia y salero de estas playas! ¡A la paz é Dios!

VICTO. —¡Tú, Diego! Y tú, Fernando, sacar sillas, pa que se sienten los muchachos Y tú, Salvaor; déjate de chupeletrinas, y vente conmigo, que vamos á traer algo pa conviar á esta gente. Siéntate Isabel, ahí tienes una silla. (SALVADOR y VICTORIA, entran en la casa, y traen la primera, una bandeja con dulces y el segundo un jarro grande con vino, lo cual reparten).

MOZA 1.ª (A Angela en primer término). —¡Vaya, mujer! ¿con que por fin mos vas á dejar?

ANGL. (Triste). —¿Qué quieres?

MOZA 2.ª —¿Pero á tí te gusta ser monja?

MOZA 1.ª —¡Ya lo creo! Cuando se va. .

ANGL. —Es una vida muy tranquila A mí me gusta mucho.

MOZA. —Por fin no te vas á encontrar en mi boda.

ANGL. —¿Pero te casas al fin con Pepe?

MOZA 2.ª —Y yo con Antoñito, pa la pascua. (Señala al mozo 1.° que en aquel momento tiene un vaso de vino en la mano). ¡Míralo! Allí está... ¡es más

pillo, que güen mozo. Aseguro que se está enterando en toa la converzación. ¡No bebas más! que te vas á poner mu patoso.

Mozo 1.° —Déjalo que beba . Si sabes tú que cuando me se sube el vino á la cabeza, te quiero más, ¡cacho é cielo!

Angl. —Y tú, ¿cuando te casas? (A la moza 1.ª)

Moza 1.ª —¿Yo? Pa los Santos. (Llegan al grupo Victoria y Salvador).

Salvd. —(A Angela). Y usté debía casarse pa el Miércoles de Ceniza, pero no irse de aquí Vaya, muchachas, una copita é lo güeno y un biscochito jecho por el contramaestre de toos los angeles de la corte celestial, que es esta niña (Por Angela).

Victo. ¡Salvaor! ¡Salvaor! que tienes suegra.

Moza 1.ª (Con despecho).—Este Salvaor es así· Mu guasón. (Se deshace el grupo y suelta Victoria la bandeja sobre la mesa. El tocador ocupa su puesto y los mozos y mozas se sientan)

Mozo 1.° —Ya estás jaciendo falta aquí á mi lao *Pescaor*, pa que te cantes lo que tú sabes.

Diego. (Saca un farol que cuelga en la parra). —Pondremos luz pa que los muchachos se vean bien las caras. (La casa se ilumina y se acentúa la obscuridad en la escena).

Fernd. (Situándose junto al tocador para poder fingir que es él el que canta).—¡Si supieran ustedes las ganas é cantar que yo tengo!...

El Toc. (Templa y toca una falseta).

Diego. (Enmedio de la escena con el jarro y vaso en la mano).—Beberemos, que tóo no va á ser repartir. (Bebe). ¡¡Estaba por decir, que á Cristo no lo jicieron santo jasta que probaron su sangre!! (Bebe otro). ¡Esto es gloria! (Suelta el vaso y el jarro y se reune á los mozos).

Victo. —¡Vamos á ver! ¿Quién canta por fin?

Varios. —¡El pescaor! ¡El pescaor! (Gran animación).

Fernd. (Canta). —«El que quiera cantar bien,
cante cuando tenga pena,
la misma pena le hace
cantar bien aunque no quiera.» (1) (Aclamaciones).

Mozo 1.° —¡Ahora, Angela! .. ¡Que cante Angela!

Josto. (Por la izquierda borracho).—¡Que cante, sí!... ¡Que cante la hija é mi amo!

Angl. —Gracias, señores; me doy muy malas trazas.

ESCENA XIII

DICHOS, más JOSELITO. La presencia de este personaje de aspecto carcelero, produce indignación en todos; EL TOCADOR, para la guitarra; los MOZOS hablan bajo, como si se confabularan para repeler cualquier agresión por parte de JOSELITO, y las mujeres demuestran su desagrado.

Josto. —¿Que se dá usté malas trazas? ¡Pos tiene salero! (Repara). ¿Pero qué es esto? ¿Por qué se quea la cosa tan en suspenso? . ¿Por que vengo una miajita bebío?... Si es por eso, ostedes dispensen,

(1) Esta copla no es original del autor del drama. A cada cual lo suyo.

caballeros. Yo estoy en la casa é mi amo, y mu honrao y satisfecho, con toas las personas que están en la fiesta. ¡Si he faltao! pos con *najármelas* está tóo listo.

VICTO. (Con enojo).—¡Siéntate y calla! Más valía que hubieras venío á comer á su hora. ¡Tú, Salvaor! Échale á Joselito un vaso é vino que sea grande.

JOSTO. —¡Olé por la mare que parió á mi ama! ¡La gente castiza se tiene que conocer en toos los terrenos!

SALVD. —¡Lástima é paliza! (Al echar el vino). Daría un ojo é la cara por golverme boticario. (Dándole el vino). ¡Ahí lo tienes, asaura!

MOZO 1.° —Vamos á ver. (A Fernando). ¡Canta hombre! ¡Canta!

VARIOS. —¡Canta, sí!

FERND. (El tono de ambas coplas, será de malagueñas).

—«Dicen que vas á un convento,
que me extrañe no te asombre;
pues no sabrá amar á Dios,
mujer que no quiere á un honbre,
que te adora como yo.» (Aclamaciones).

ANGL. —¡Eso es por mí! ¡Ay! ¡Ay! (Desvanecida).

VICTO. —¡Mi hija! ¡Ya le dió aquéllo, Isabel! (Para el toque y todos se precipitan en auxilio de Angela).

ISABEL. —¡Qué es ésto!
MOZA 1.ª —¡Chiquilla!
MOZA 2.ª —¡Angela! (Casi á la vez).
DIEGO. —¡Agua!
SALVD. —¡Un méico!

FERND. —¡¡Pero!!... ¡Dejarme paso! (Aparte). ¿La habré matao yo?... ¡Angela! ¡Angela!

VICTO. —¡Mi hija!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, más el señor MANOLO y SERAFÍN por la derecha último término.

MANOLO. —¡¡Pero qué es ésto!!... ¿Qué pasa en mi casa? En habiendo fiesta, ya se sabe.

VICTO. —¡El mal! ¡Que le ha dao el dichoso mal! (Llega Isabel con un refresco).

MANOLO. —¡Angela! ¡Hija mía!

SERAF. (Lleva á Joselito al primer término).—¡¡Joselito!! Díme la verdad. ¿Qué ha pasao aquí?

JOSTO. —¡Pos ná!..... ¡No ha pasao ná! Una copla que han cantao .... ¡¡Tendría veneno!!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala en planta baja con una ventana grande en el fondo de reja saliente á la fachada, por ella se verá el mar, una parra, varias sillas y mesas En el poyo que será bajo, habrá tiestos con flores. Puerta de entrada en la derecha, que sale al campo, la cual estará cubierta por un portiers ó cortina: otra en segundo término izquierda, que dá al despacho del ventorrillo, y otra en primer término, que comunica con el interior. La sala sera blanca y en sus paredes se verá un buen espejo. cuadros de buen tamaño, varias mesas y sillas; también habrá algunos macetones alrededor. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, VICTORIA y SERAFIN estarán sentados á una mesa que ocupará el primer término en la izquierda. El segundo, escribe y VICTORIA le dicta.

SERAF. (Escribiendo). «Todos buenos, á Dios gracias»
VICTO. —«A Dios gracias»... ¿Y ahora qué sigue?
SERAF. —Lo que usted quiera poner.
VICTO. —¡Sí! Ya me acuerdo. «Cuñada»
SERAF. —«Apreciable cuñada.»
VICTO. (Con enojo). «Cuñáa» solamente, y bastante tiene.
SERAF. —Bueno, ya está.
VICTO. —«De lo que mos dices en la tuya, que si Angela tiene arreglaos ya los papeles y la ropa pa meterse en el convento, te digo, que sí.
SERAF. —¡¡Pero doña Victoria!!... ¿Al fin se marcha Ángela con su tía?
VICTO. —¡¡Qué se ha de marchar!! ¡Pues no faltaría más!
SERAF. —¡Creí!... «Que sí.» (Aparte) ¡Qué susto he llevado! (alto) Siga usted.
VICTO. —«Pero que por ahora, no la esperes... ó pá mejor decir, no la esperes nunca: pues á mí, que soy su madre, *no me da la gana de que vaya.*
SERAF. —¿En igual forma que usted lo dice?
VICTO. —Y en letras gordas, pa que se entere bien. Como es vieja, pue que no vea muncho.
SERAF. —«*No me da la gana de que vaya*». ¡Buena se vá á poner la pobre monja cuando lea ésto!...
VICTO. —¡Qué aguante marea; peores ratos he pasao yo por causa suya!
SERAF. —Continúe usted.

VICTO. —«Pues has de saber, que estoy dispuesta á separarme de con tu hermano por la justicia, si me sigue dando la *lata* con las monjas».

SERAF. —«La *lata* con las monjas».

VICTO. —«Pues ustedes las monjas, como no habeis tenido hijos, no saben lo que se quieren.»

SERAF. —«Se quieren.»

VICTO. —¡Ay!.. ¡Y tanto como se quieren!... ¿Qué más? ¿Qué más había que ponerle?... ¡Sí!... «Y de lo que mos dices en la tuya»,

SERAF. —«Tuya.»

VICTO. —«Que le vas á regalar á mi Angela un prao y dos casas, pa que le sirvan de dote, te digo, que por mi parte ya las pues echar en escabeche».

SARAF. — Escabeche».

VICTO. —«Pues mientras tengamos nosotros barcas de pesca, viñas en el Agualmeina, y el ventorrillo en San Telmo, á mi hija no le jace falta nada de tí, ni de nadie.»

SERAF —«Ni de nadie » (Aparte). ¡Dichosa ella!

VICTO. —«Y no te digo na del dinero que tenemos en el Banco, porque no digas que soy una orgullosa »

SERAF. —¿Y para qué?. . «Orgullosa».

VICTO. —«Pues sería una guasa .

SERAF. (Aparte).—¡Pobre monja!... (Alto). «Guasa».

VICTO. —«Que mi hija se fuera contigo, cerca del otro mundo, y yo me queara aquí llorando más que un chiquillo de la Inclusa».

SERAF. —«Inclusa».

VICTO. —Bastante tiene ya, pa si lo quiere entender.

SERAF. —Esté usted tranquila; lo entenderá. Carta más clara, estoy seguro que no recibe.

VICTO. —Ahora las memorias.

SERAF. —«Espresiones de toda la familia, etc. etc.»

VICTO. —Y ahora, el sobre. Eso es.

SERAF. —¿Las señas? Hace usted el favor, no recuerdo.

VICTO. —«Señora doña Sor Cándida López Azpeitiarra, monja madre abadesa del convento de San Pascacio en Guetaria, pueblo vazcongao, de la provincia de Guipúzcoa».

SERAF. — Guipúzcoa». (Cierra la carta)

VICTO. —¿Ha visto usté que pueblecito? ¡Y que no estará mu lejos!...

SERAF. —Sí, está bastante

VICTO. —¡Pa que yo deje de ir á mi hija!

SERAF. —¡Pero doña Victoria! ¿Es cierto que ya no vá Ángela á ser monja?

MANOLO. (Entrando por la derecha.) —¡Tan cierto, como que las barcas acaban de llegar!

ESCENA II

DICHOS, más el SEÑOR MANOLO.

SERAF. (Aparte). —¡Cuanta dicha!
MANOLO. —Se le ha puesto á mi señora en la cabeza y al médico... y á mí también; con que dígame usted ¿quién es capaz de oponerse á tanta gente?
SERAF. —Doy á ustedes mi más entusiasta enhorabuena, y al mismo tiempo, me felicito yo también. Porque se necesita no tener sentimientos para tratar á una muchacha como ella, y no sentir su separación.
MANOLO. —Muchas gracias.
VICTO. —Dios se lo pague á usted.
MANOLO. —¿Qué le parece á usted la determinación que hemos tomado?
SERAF. —¡Ah!... Me parece lo que es: ¡Sublime! ¡Admirable!... No podíais haber tomado otra mejor.
MANOLO. —Está bien ¿eh? ¿Y á mi hermana, le habeis escrito?
VICTO. —Sí, una carta mu política y mu bien puesta. Mírala. (Mostrándola).
MANOLO. —Me alegro. Así no perderemos las buenas relaciones, y ya que Angela no vaya á su lado, procuremos que á la hora de su muerte no me eche en olvido.
SERAF. —¿Se trata de algo que merezca la pena?
MANOLO. —¡Y tanto! Mi hermana tiene mucho dinero sin que lo sepan las monjas... y herederos no hay más que dos; ó la comunidad, ó yo.
SERAF. (Aparte).— ¡Si supiera!
VICTÓ. —Descuida (Aparte). Lo que yo quiero es que no se vaya mi hija.
MANOLO. —Yo estoy muy contento, con que lo mismo el médico que mi esposa, me hayan sido francos en esta ocasión. ¡Los hijos valen mucho! y si alguna vez insistí en que fuese monja. . era.. ¡ya saben ustedes por lo que era!... por la mucha vocación que ella tenía.
VICTO. —¡Sí, mucha! Si no llevas á Angela pa que la conozca tu familia, maldito si sabe ella que tales conventos hay en el mundo.
SERAF. —Es muy natural. Tuvo el señor Manolo el mal acuerdo de dejarla unos cuantos meses al lado de su tía, ¡y ya se vé!... el trato, los consejos
VICTO. --¡Y que no sabrá darlos tu hermana mu bien! Apenas vino de allí, lo primero que jizo fué guardar las alhajas, y como si se hubiera muerto. Echó la vista al suelo como si llevara en el cogote una piedra é molino, y pare usted de contar. La guitarra crió mojo, los palillos telarañas y si alguna vez cantaba, era la letanía ¡Los sofoquines que yo llevo pasaos por causa de tu hermana! no los saben más que Dios y yo.
MANOLO. —Bueno, no hay que pensar más en ello. Lo que hace falta, es que ella se reponga y recobre su antigua alegría.
VICTO. —Eso es mu sencillo... Lo que tarde en saberlo.

SERAF. —Bueno. Voy á ver la pesca y hacer la distribución. Con que lo dicho. Repito mi felicitación una y cien veces.
VICTO. —Muchas gracias.
MANOLO. —Gracias D. Serafín.
SERAF. (Saliendo por la derecha). —Ahora sí que puedo decir que Angela y su fortuna serán mías.

ESCENA III

La SEÑORA VICTORIA y el SEÑOR MANOLO.

MANOLO. —¡Y vamos á ver Victoria! ¿Has averiguado algo de lo que te dije?
VICTO. —¿De qué?
MANOLO. —De quién es el que ha tenido ó tiene la culpa de estos cambios.
VICTO. —Yo, no. A mí lo que me interesaba es que mi hija no se fuera de mi lao; y como eso lo he conseguío...
MANOLO. —Pues yo, interesándome por su bien, (porque sería una lástima, que dejara un buen camino y echara por un precipicio), no he dejado de observar... y me parece... me parece...
VICTO. —¿Sí? ¿Y qué has averiguao?
MANOLO. —¿Tú no has visto con qué alegría y qué regocijo nos dá la enhorabuena el señor Serafín?
VICTO. —Sí, eso he notao. Se alegra mucho.
MANOLO. —Pues eso, unido á que yo le he visto hacerle á tu hija cuatro *carantoñas* y cuatro *morisquetas*, me dán á sospechar lo mismo que es. Tu hija está por el señor Serafín; y me alegro, y si no lo estuviera, es menester que lo esté. Con ese hombre no perdería nada.
VICTO. —¡Quién sabe!... En esto del amor se ven cosas tan raras...
MANOLO. —Pues hay que procurar que no se vean en esta ocasión... Bastantes cosas raras he visto yo con lo del convento.
VICTO. —¿Vamos á comenzar otra vez?
MANOLO. —¡Por su bien, Victoria, por su bien!
VICTO. —¡Güeno! Siempre será lo que ella quiera.
MANOLO. —Si es de mi gusto; si no, será lo que yo disponga.
VICTO. —Mira que no hay cosa más mala que un casamiento á dijusto.
MANOLO. —Ni peor que casarse con un hombre que no tenga 20 reales.
VICTO. —¿Tantos tiene el señor Serafín?
MANOLO. —No los tiene, pero los tendrá. El es honrado, listo y sobre todo, capaz de buscarse cinco duros en el mismo fondo del mar.
VICTO. —En cuanto á eso, sí. Ahora falta que á ella le agrade.
MANOLO.—Tendrá que agradarle. A fuerza de consejos todo se alcanza; ya sabes lo que te he dicho siempre, «que ningún hombre del país me gusta para marido.»
VICTO. —¡Eh, poco á poco! ¿Qué faltas tienes tú que ponerle á los andaluces? ¡Dí!

MANOLO. —¡Ninguna mujer! ¡Ninguna! (Aparte) Como no las tienen...
VICTO. —Te digo y te repito, que siempre será lo que ella quiera. Malo será tenerla enserrá en un convento; pero mira tú que mal casá... (Por la primera puerta izquierda) ¡Angela! ¡Angela!

ESCENA IV

DICHOS, más ANGELA por la izquierda, primera puerta.

ANGL. —Buenas tardes nos dé Dios (triste).
VICTO. (Á Manolo)— Fíjate bien, mira que cara tiene más triste.
MANOLO. —Buenas tardes, hija mía.
VICTO. —¡Angela!.. Dale á tu padre un abrazo, y á mí siete.
ANGL. — ¿Y cómo no, si es mi mayor placer? (Le abraza).
VICTO. —¿Lo ves tú, hombre?
MANOLO. —¡Hija mía!
VICTO. —Ahora á mí. (Se abrazan). Aprieta mucho. Así, como yo.
ANGL —¿Pero es que ha llegado ya la hora de irme?
MANOLO. —Lo que ha llegado la hora, es .
VICTO. —De que no te vayas de nuestro lao.
ANGL. —¡¡Cómo!!
VICTO. —¡Que ya no te vas del lao é tu madre!
ANGL. (Aparte).—¿Será cierto? (Alto). ¿Pero es verdad?
MANOLO. —Así lo hemos acordado tu madre y yo, á menos que tu poco cariño hacia nosotros, no te haga obrar de otro modo. ¿Tú nos quieres?
ANGL. —¿Mi poco cariño hacia ustedes? ¿Pero á qué obedece esta medida?
VICTO. —Pues á que á mí no me da la gana de que te vayas de aquí. Eso es.
MONOLO. —Obedece, á que como estás así, algo delicada, y la costa cantábrica es tan húmeda, hemos pensado, (si tu quieres), que no te vayas, hasta...
VICTO. —¡Jasta que te mueras! ¿Estás conforme?
ANGL. —¡Sí, señora! ¿Cómo no? Es vuestro deseo, lo será mío también. ¿Pero cómo me disculpo yo ahora de mi buena tía y de la comunidad? ¡Ellas que me esperaban hace más de un mes!
VICTO. —Mira Angela, no te acongojes por eso No hay señal en el trato, pero si la hubiera, pues con perderla, estaba too arreglao.
ANGL. —Lo siento por mi pobre tía.
VICTO. —¡Vamos!.. No seas más hipócrita, que estás hablando con tus padres de tu alma. Explícate claro, y no andes con más rodeos.
MANOLO. —Sí... No temas, nosotros hemos comprendido que hoy piensas de otro modo, y...
VICTO. —No lo niegues. Dí la verdad.
ANGL. —Es cierto (Con timidez).
MANOLO. —¡Pues por lo mismo!... y puesto que no es ningún delito, no nos ocultes nada.

ANGL. —¿De qué? (Aparte). ¿Sabrán?

VICTO. —Mira Angela .. el querer, no es ninguna cosa del *otro jueves*. Tú traes por herencia el ser casá, porque yo, mi madre, mi abuela, mi tatarabuela y la bisabuela é mi madre, ¡toas, toas!... han sío casás, (que yo sepa), y tú, al fin y al cabo, eres de la familia.

ANGL. —¿Pero cómo han sabido?

VICTO. —¡La *vista*, hija mia! ¡La *vista*! Cuando yo quería á tu padre, me queé más flaca que un fideo. ¿Es verdad, Manolo?

MANOLO. —Esos recuerdos, no vienen al caso.

ANGL. —¡Perdón, padres míos! ¡Perdón! Es verdad lo que dicen. (Arrodillase).

VICTO. —¡Levanta, hija mía, levanta! Que si too el que tiene tu mismo pecao, tuviera que andar de roillas, paesería el mundo un batallón de enanos.

MANOLO. —Levanta y alégrate. Lo único que te pido como padre, es que sepas bien lo que haces. ¡Que te fijes mucho en quién pones los ojos, para que esta fortuna que á costa de tanto sacrificio he sabido reunir para tí, no sea mañana mal empleada.

ANGL. —Cumpliré sus mandatos.

MANOLO. —¿Tendré que sufrir algún desengaño por esta parte?

ANGL. —¡Ninguno! El hombre que merece mi cariño, es capaz de todos los sacrificios.

MANOLO. —Ya estoy tranquilo, hija mia (A Victoria). ¿Lo ves tú? Eso es por el administrador. (Sale por la derecha).

VICTO. —Güeno. Siendo gusto suyo... (Abrazando á Angela). ¡Alégrate hija mía!. . ¡Alégrate!

ANGL. —¡Qué feliz soy, madre!...

VICTO. —¿Pues y yo? (Saliendo por izquierda). ¿Quién demonios pensaría que esta muchacha fuera monja?...

ESCENA V

ÁNGELA sola.

—¿Libre, Dios mío? ¿Libre? ¡Si no lo creo! Parece que acabo de nacer. Antes, todo me parecía triste. Ahora, alegre y risueño. ¡Cuánta dicha me rodea por todas partes!... ¡Con qué desahogo, respira mi corazón: felicidad mayor, no la hubo en el mundo, ni la habrá!... ¡Poder vivir desde hoy para amar y corresponder como merece al hombre á quien después de Dios debo la vida! (Mira por la ventana). ¡Allí está! ¡Y qué figura más gallarda! ¡Si hasta parece que cuando las olas del mar llegan á sus piés, se humillan y los besan para rendirle tributo! (Al proscenio). ¡Pobre Fernando! Con tanto como me quiere, si me hubiese visto partir, es seguro que muere de dolor. Pero no... no morirá.. Acabarán nuestros secretos, viviremos eternamente el uno para el otro. Seremos dos cuerpos, pero solo un alma... y hasta los mismos ángeles nos mirarán con envidia.

ESCENA XI

ANGELA y SERAFIN que entra por la derecha.

SERAF. —¡Hermosa ocasión! ¡Angela!

ANGL. —¿Qué desea usted, D. Serafín?

SERAF. —¿Que qué deseo? ¿Qué puede desear un hombre que desde hace seis años pisa esta casa, viene sufriendo en ella las mortales angustias que padece un corazón, cuando ama, y por desgracia ama sin esperanza?

ANGL. —¿Qué dice usted?. .

SERAF. —Digo, Angela, que hoy es el primer día que brilla para mí el sol de la felicidad. ¡El primero, sí! Antes me separaba de usted la valla inespugnable de su vocación, porque ese corazón, lo más preciado que para mí hay en el mundo, estaba consagrado á á quien jamás puede el hombre disputar cosa alguna.

ANGL. —¿Pero ese lenguaje? ..

SERAF. —Es el único, que aunque tosco, puede reflejar mi pasión ¡Angela! Su amor es lo único que yo ansío en esta vida; y puesto que ha renunciado á las sagradas promesas, yo le suplico por caridad, ¡por lo que más ame en el mundo!, que no se muestre indiferente á mis súplicas Pendiente de sus labios está mi vida; de su amor, mi dicha y mi esperanza

ANGL. —Gracias por su buen deseo. No merezco tanto, bien lo sé, pero dispense usted que le diga...

SERAF. —¿Qué?

ANGL. —¿Que usted y yo, no podremos ser otra cosa, que lo que siempre hemos sido. Dos buenos amigos.

SERAF. —Y esos afectos, ¿no pudieran avanzar un paso más?

ANGL. —¡Imposible! (Con firmeza).

SERAF. —¡Imposible! ¿Pero ese corazón?

ANGL. —Tiene dueño.

SERAF. —¡¡Que tiene dueño!!

ANGL. —Sí: y mientras él viva; digo mal, ni aun después de muerto. ¡Nadie! ¡Nadie! ocupará el lugar, que á él sólo pertenece.

SERAF. —«¡Nadie!».«¡Nadie!»... Me felicito, por haber encontrado un rival tan dichoso.

ANGL. —¿Un rival?. . El caso no es para tanto.

SERAF. —Sí lo es, Angela. El hombre que tiene la fortuna de poseer su corazón, tiene que ser por mí... ¡Admirado!.. ¿Admirado he dicho? Miento. ¡Odiado, pero odiado á muerte!

ANGL. —¡Don Serafín!

SERAF. —¡Dispense usted, Angela! No soy yo el que habla... Habla el corazón.

ANGL. —Mal se expresa en verdad.

SERAF. —Puede, pero dice lo que siente.

ANGL. —¡Ah!

SERAF. —Tal es mi cariño, y tal mi pasión. Hace mucho tiempo que sueño en lo que para mí hubiese sido mi única y suprema

dicha. ¡Mi vida! en una palabra. ¡Y oh!... La mano que tal me roba, no quedará sin castigo ¡Lo juro!

ANGL. —Desista usted de tales propósitos, si en algo estima nuestra amistad.

SERAF. —¿Que desista? ¿Pero usted lo cree posible?

ANGL. —Haga usted un esfuerzo. Vá en ello algo más que su pasión. Adios. (Sale por la primera puerta izquierda).

ESCENA VII

SERAFÍN, luego JOSELITO por la derecha. VICTORIA desde fuera.

SERAF. —¿Pero qué es lo que he oido? Ya no solo me desprecia, sino que también me amenaza. (Pausa). ¡Ah! No cederé en mi propósito (Por la ventana). ¡Joselito! ¡Joselito!

JOSTO. (Fuera).—Allá voy.

SERAF. —Si es lo que yo me sospecho, este granuja me servirá de mucho ¡Templado es el *mozo!*

JOSTO. (Entrando).—¿Qué jase falta?

SERAF. (Llevándole al primer termino) —Ven acá, tenemos que hablar.

JOSTO. —Lo que usté quiera.

SERAF. —¿Qué has averiguado del encargo que te dí?

JOSTO. —¿De qué?

SERAF. —De quién es el hombre que ronda esta casa.

JOSTO. —Eso está tóo como la palma é la mano.

SERAF. —¿Y qué?

JOSTO. —Pues lo que tóos dicen. Eso está á chavo y á cuarto por la playa, por Málaga y por toas partes. ¡Jasta los *chaveas* lo ván cantando por las calles!

SERAF. —¿Pero qué demonio es eso que tan barato se vende y no ha llegado á mis noticias?

JOSTO. —Pues es, que la hija del amo está muncho por «El Pescaor de San Telmo» Eso dicen.

SERAF. —¡¡Del Pescador!! ¿Del Pescador, has dicho? ¿Estás en lo firme? (Disimulando la cólera).

JOSTO. —Así lo dice tóo el mundo desde aquel día que por causa de la copla que él cantó, se puso ella mala.

SERAF. —¿Con que del Pescador? Me río, porque la cosa no pasa de ser una murmuración, que solo entre ustedes puede tener eco. La hija del señor Manolo es demasiado instruida y demasiado rica para prendarse de un hombre como él. El Pescador de San Telmo, aunque tú creas lo contrario, no ha nacido para fines tan elevados. Ese ha nacido para otras cosas. Toma. (Dándole un duro).

JOSTO. —¿Pero qué me dá osté aquí? .. ¡Un duro! (Lo devuelve). ¡Gracias!

SERAF. —Quédate con él que te hará falta . porque, mucho lo siento, pero no tengo más remedio que decírtelo. Tú y tu hermano estais despedidos.

JOSTO. —¡¡Yo y mi hermano!! ¿Y por qué? ¿Qué habemos jecho?

SERAF. —Ya lo sabeis demasiado.

JOSTO. —¿Pero qué está usté diciendo?

SERAF. —¿Qué ha ocurrido esta mañana con el patrón de una goleta, cuando regresábais á la playa?

JOSTO. —¡¡Qué patrón, ni qué goleta!!

SERAF. —No parásteis al encontrarle, y le tiraron ustedes dos bultos de pesca

JOSTO. —¡¡Nosotros dos bultos de pesca!!

SERAF. —Sí, vosotros. Por eso os despido El amo tomaría conmigo la misma medida, si viera que yo dejaba este hecho sin castigo. ¡Joselito! Desengáñate, hay que ser fiel y sobre todo, con el amo á quien se sirve. Todas las faltas de un hombre son llevaderas menos esa.

JOSTO. —¡Pero me quiere usté decir por su mare, quién ha sío el sinvergüenza, que ha venío á decir ese embuste, pa que usté deje sin pan á mis hijos y á los de mi hermano! ¡Dígameloste hombre! ¡Dígameloste!

SERAF. —Quien lo ha visto.

JOSTO. —¿Pero quién lo ha visto? Eso es mentira. ¡Pero mu mentira!

SERAF. —Si tú fueses un hombre prudente, en vez de ser pendenciero y camorrista, te lo diría, para que veas que yo no miento y obro en justicia Por más que yo no tengo que darte á tí ni á nadie explicaciones.

JOSTO. —Le juro á usté por mi salú. que si me lo dice no digo esta boca es mía ¡Digameloste hombre! Digameloste, pa saber quién es el granuja que me quiere mal!

SERAF. —¿Me dás palabra?

JOSTO. —¡Por mi libertá!

SERAF. —Pues ha sido...

JOSTO. —¿Quién?

SERAF. —El Pescador de San Telmo... Fernando, ese ha sido. Niégalo ahora.

JOSTO. —¿Con que El Pescaor?... ¿Él ha sío?... Más valía que cuando lo he buscao como los hombres buscan á otros hombres, no me hubiera juío el bulto como si fuera una señorita, y no que viniera á poner en mal lugar á dos hombres que son más hombres que él, en tóos los terrenos.

SERAF. —A mí me importan muy poco esos cuentos; lo dicho, dicho está.

JOSTO. —Sí..... ya lo sé..... Usté ha creío lo que ha dicho ese charrán, porque como sabe que yo he estao en presidio... Pero es menester que usté sepa señor Serafín, que yo he estao en el *colegio* por lo que van los hombres, porque á mí, el que me la ha jecho me la ha pagao. Pero que le coste á osté que el gorro reondo lo he llevao siempre tirao atrás, y la cara escubierta, pa que la vea tóo el mundo.

SERAF. —Bueno. Eso me tiene á mí sin cuidado. Cuando concluyamos el embase, venís los dos y os pagaré.

JOSTO. —Descuide usté,. . que vendremos. ¡Vaya si vendremos! (Al salir por la segunda puerta izquierda). ¡Señá Vitoria!

VICTO. —¿Qué diablo quieres?
JOSTO. —Ponga usté ahí un vaso é vino fuerte y un plato de acitunas. ¡Si hoy no reviento, que mala puñalá me dén. (Más lejos) ¡Antoñillo! ¡Antoñillo! ¡Deja eso y ven acá!

ESCENA VIII

SERAFIN y el SEÑOR MANOLO que entra por la derecha.

MANOLO. (Entrando) —¡Pues señor, no hay que quejarse de la suerte! El mar dá lo suyo: lástima que la pesca no se venda á mejor precio.
SERAF. —¡Señor Manolo! Disponga usted que otro me sustituya en el cargo que desempeño en su casa.
MANOLO. —¡Qué está usted diciendo!
SERAF. —Que mi presencia en esta casa se hace imposible.
MANOLO —¡Cómo! ¿Irse usted de mi casa?
SERAF. —Sí: yo debo alejarme, porque las circunstancias lo mandan así.
MANOLO —¿Pero se ha vuelto usted loco? ¿Irse de mi casa? ¿Quién va á manejar entonces mis intereses? ¡Qué ha pasado! ¿Por qué me habla usted así? Usted cree que yo encontraría otro hombre en quien poner la confianza que tengo en usted? ¡Imposible!
MANOLO. —Lo imposible no admite réplicas. Ya conoce usted mi carácter.
SERAF. —¿Pero qué es lo que ha pasado? ¿Es que no está usted conforme con el sueldo que gana? Yo le doy más: lo que usted quiera.
SERAF. —No insista usted, que es inútil. Secreto es éste que morirá conmigo.
MANOLO. —¡Cómo! ¡Pues eso no! Yo soy el dueño de mi casa, y tengo derecho á saber lo que pasa en ella.
SERAF —¿Me obliga usted?
MANOLO. —Sí, le obligo.
SERAF. —Desde que tuve la dicha de abandonar nuestro país, he vivido alentado por una esperanza. Esa esperanza ya no existe, y yo debo alejarme de donde he sufrido tan amargo desengaño, y me alejo
MANOLO. —Hábleme usted en castellano, y no me ande con más rodeos. Lo que sea, me lo dice usted claro.
SERAF. —Yo vivía prendado de su hija de usted; Angela era mi única ilusión y mi única esperanza ..
MANOLO. (Aparte).—¡Pobrecillo! (Alto) Bueno; todo eso está muy bien. ¿Pero qué ha pasado para que se ponga usted así?
SERAF. —Ha pasado... ¡Dispense usted, señor Manolo! Dispense usted que no siga, porque...
MANOLO. —¡Hombre!
SERAF. —Concluyo. Al saber la determinación que han tomado; al saber que ya no iba Angela con su tía, le he manifestado mi pasión, mis deseos, mi amor,... y...
MANOLO —Y le habrá dicho á usted, lo que dicen todas. «Que no». ¿Es así?

SERAF. —Por desgracia mía

MANOLO. —¿Y usted ha hecho caso? ¿Lo ha creido? Mire usted que las mujeres son todas muy falsas, y en estas cosas mucho más.

SERAF. —Angela, aparte de vivir muy lejos de la felicidad, ama á otro hombre.

MANOLO. —¡¡Que ama á otro hombre!! (Aparte). ¡Y yo que creía! .. ¡Pues ahora es cuando yo le ordeno que no se vaya de mi casa. Desde hoy, le amplío sus poderes, y será mayor su retribución.

SERAF —¡Pero!

MANOLO. —¡Lo mando, y basta! El dueño de mi casa soy yo, y el padre de mi hija también. (Por la izquierda) ¡Angela! ¡Victoria!

SERAF. —Yo me retiro.

MANOLO. —Bueno: pero á su obligación. Donde está haciendo falta.

SERAF. (Saliendo por la derecha). ¿No quiere guerra? Pues guerra.

ESCENA IX

MANOLO, VICTORIA por la segunda puerta de la izquierda. ANGELA, por la primera del mismo lado.

VICTO. (Entrando). ¡Levante corre! Marea tenemos.

MANOLO. ¿Donde está tu hija?

VICTO —En su cuarto. Mirando al mar. Como siempre.

MANOLO. —¿Tú sabes lo que nos ocurre con Ángela?

VICTO. —¡Como tú no me lo digas!

MANOLO. —Somos muy desgraciados con ella. Angela no quiere al administrador

VICTO. —¡Me alegro! Yo en su lugar, jaría lo mismo. ¡Tiene el señor Serafín m is *maia pata*!...

MANOLO. —¿Te alegras?... ¡Con que te alegras de que Angela se haya enamorado de un cualquiera! ¡Tal vez de un *mamarracho*!

VICTO (Aparte).—¡Mos paeseríamos en eso! (Alto) ¡No sé por qué demonio te metes en estas cosas! .. ¡Tienes más que dejarla y que jaga su gusto!. . ¡Acuérdate de lo muncho que pasó mi padre por no quererte! (Aparte) ¡Ay!... ¡Quién hubiera jecho caso de sus consejos!...

ANGL. (Entrando)—¿Qué mandan ustedes?

MANOLO —Es preciso que nos saques de una duda muy grande. Que nos digas la verdad.

VICTO. —A mí no; eso á tu padre, que es mas curioso que un inglés.

ANGL. —¿Qué duda es esa?

MANOLO. —¿Quién es el hombre que reina en tu pensamiento, cuáles son sus condiciones y cuales son sus propósitos? ¡Dí!

ANGL. (Con temor) —El hombre que reina en mi pensamiento... el que yo amo, es...

MANOLO. —¿Quién?

ANGL. (Lo mismo). —¡Fernando!...

VICTO. —¡Fernando!

MANOLO. —¡¡Fernando!!... ¿Y quién es ese Fernando, ó ese diablo? ..

VICTO. —¡Fernando!... (recuerda) ¡Ah! Ya caí. ¿Está en la casa?

ANGL. —Sí, señora.

MANOLO —¿Fernando en esta casa?...

VICTO. —¡Sí, hombre! ¡El Pescaor!

MANOLO. (Con desesperación).—¡¡Pero qué estás diciendo!! ¿Fernando?... ¿El Pescador de San Telmo? (A Angela). ¡Acaso las muchas fatigas que he pasado por esos mares, las muchas privaciones á que me he sujetado durante toda mi vida, para reunir esta fortuna, no merecen otra recompensa, sino que tu te enamores de un playero, de un *jabegote!* ¡Habla!

VICTO. (Con enojo).—¡Asómbrate hijo, asómbrate! ¡que cuando yo me casé contigo, eras el *marqués de Larios*!...

ANGL. —¡Padre! valiera mucho más que antes de recriminarle, antes de mirar con desprecio al que no tiene más delito que ser un humilde pescador, recordara...

MANOLO. —¿El qué?

ANGL. —Que á él y sólo á él después de Dios debo la vida.

VICTO. —¡Mucha verdá! Bendita sea la hora en que lo conocimos.

ANGL. —¿No lo recuerda usted, padre?...

MANOLO. —Sí, él fué.. pero aquella acción está más que recompensada. Yo pagué con dinero tu rescate, y dándole colocación en mis barcas, le hice ver que soy agradecido.

ANGL. —¿Y qué supone todo eso? ¿Está recompensado con tan poca cosa una acción como la suya? No lo crea usted. El necesita de algo más para ser feliz, y como ese algo depende de mí que le soy deudora. .

MANOLO. —¡Ya! ¿Con que tú?...

ANGL. —¡Le amo, padre mío! Le amo con toda mi alma.

ESCENA X

DICHOS, más FERNANDO que entra por la derecha. Este habrá oido las últimas palabras.

FERND. (En la puerta).—¿Qué están diciendo? .. ¿Será por mí? (Alto). ¡Señor Manolo!

MANOLO. —¡Ven acá, hombre! ¡Ven acá!

FERND. —Un remitente está esperando á usté.

MANOLO. —¡Déjame á mí de remitentes, ni de nada! ¿Con qué tú eres el que con tus coplas y tus cantiñas has hecho que mi hija pierda la vocación que tenía? ¿Es verdad?...¿ Tú sabes la distancia que nos separa á los dos?...

FERND. —¡Yo!

MANOLO. —Sí, ha llegado la hora de que acabe este secreto. Tus lágrimas y tus pesares, hay necesidad de que se conviertan en palabras. Dí todo lo que sientes

FERND. —¿Qué yo diga lo que siento?... ¿Y pa qué? ¿Hay aquí, ni en

too el mundo, quien sea capaz de entenderme, ni yo capaz de decir lo que siento?

MANOLO. —¿Luego es verdad, que el único culpable eres tú? ¡Contéstame, hombre!

VICTO. (A Fernando). —Mira: pon las cartas bocarriba, y acabaremos de una vez.

MANOLO. —¿En qué te has fundao, triste playero, miserable *jabegote*, para querer que sea tuya mi Angela? ¡Dí! ¡Acaba, hombre! ¡Acaba!

FERND. —¿En qué se pué fundar un hombre, pa querer á una mujer, como yo la quiero á ella? Antes, muncho antes, de que la suerte me presentara aquella ocasión tan hermoza, en que púe salvarle la vía, yo me pasaba en esa playa y frente á su casa las horas muertas, los días enteros, porque desde que yo ví á Angela por primera vez, paese que me habían echao á los piés unos grillos, pa no separarme de aquí ¡Y así era! Porque jasta el tiempo que había de echar en ir á buscar rancho á los cuarteles pa alimentar á la pobre é mi madre que estaba enferma en una cama, me lo pasaba ahí, frente á su casa. ¡Y cuando la barca que conducía á Angela naufragó! .. ¡Cuando Angela cayó al agua! yo no sé lo que sentí. Yo me arrojé al mar, no como se tira cualesquiera persona que tiene sentimientos, al ver que la vía de uno de sus semejantes corre peligro! .. ¡Me arrojé!... vamos .. movío por una cosa así .. como si el mismo Dios me hubiera cogío por los brazos, y empujándome con too su poder, me hubiera dicho: «¡Anda cobarde!» y al mismo tiempo, como si aquel mar embravecío y aquellas olas furiosas hubieran querío tragarse un peaso de mi alma.

VICTO. —¡Bendita sea tu madre! Eres güeno porque sí. (A Manolo tirándole de la americana). ¡Fíjate ahí! ¡Eso es un hombre queriendo!

MANOLO. —Veo con mucha pena que no eres torpe, y como todo el que le gusta poco *doblar la costilla*, buscas la mejor manera de vivir. ¡Ya se comprende que llevas tiempo en mi casa, y que sabes que soy rico!

FERND. (Con furor). ¡Pero qué es lo que está usté diciendo! ¿Que yo quiero á su hija por el interés? Se engaña usté, mi amo. ¿Usté cree que por que soy pobre tengo el pecho vacío? ¿Me cree tan ruín como tóo eso? ¡No!. . Que Angela me quiera, que con su cariño y estos brazos, soy yo millonario. Guarde usté toas sus riquesas, que yo pa ná las necesito, ¡pero por Dios se lo pío!... ¡Por su Madre se lo ruego! .. de que no se oponga á que yo quiera á su hija. ¡No quiera usté quitarme lo que mis brazos salvaron del furor de la tempestá! ¡No quiera usté robarme lo que arranqué de las garras de la muerte!.. ¡porque aquella presa, debe ser mía!. ¡pero mía solamente!

VICTO. —¡Y mu bien dicho! Por mi parte, tuya es; ahí la tienes.

MANOLO. —Y tú, Angela, ¿qué dices?

ANGL. —¿Qué he de decir, padre mío?.....

MANOLO. (Bajo á Angela). —Dios quiera que algún día no tengas que acordarte de mis consejos. Yo no he buscado siempre más que tu bien.

ANGL. —¡Descuide usted, padre mío! ¿De qué sacrificios no será capaz un hombre como él?

MANOLO. (A Fernando y Angela).—Consiento, y Dios los haga tan felices como yo deseo.

VICTO. —¡Gracias á Dios que se arregló esto! (Aparte). ¡Jesús que hombre más *cataplasma!*

FERND. —¡Señor Manolo! ¿con qué podré yo pagarle lo que usté ha jecho por mí? ¡Angela! (A su lado).

ANGL. —¡Fernando mío!

MANOLO. (A Fernando, indicándole la puerta izquierda).—¡Allí en la playa están mis intereses, los que mañana han de ser de tus hijos. No te digo más

FERND. —Voy, sí: y aunque torpe, yo le haré ver que soy agraecío. ¡Usté me ha dao, lo que yo más deseaba! ¡Usté me ha jecho el más feliz de toos los hombres que andan por el mundo!... No lo olvidaré nunca, señor Manolo. (Sale por la izquierda segunda puerta).

ANGL. —Y á mí también me ha hecho feliz. Déjeme usted que le abrace (Le abraza).

VICTO. —¡Ea! ¡Ya pasó la chamusquina, gracias á Dios! Estas tormentas en seco, son las que hay que temer.

ESCENA ULTIMA

LA SEÑORA VICTORIA, ANGELA y MANOLO. Fuera y por la izquierda, FERNANDO, JOSELITO y UN HOMBRE. Tan luego haya salido FERNANDO, se sentirán en el sitio indicado voces acaloradas entre estos tres últimos personajes, y serán inteligibles cuando lo indique el diálogo. Al final, SERAFIN por la derecha.

MANOLO (A Angela).—Ya ván dos veces que te has salido con tu gusto, no tendrás queja de que no soy condescendiente.

ANGL. —¡Pero si en ello está mi vida!..

VICTO —¿Empesaste ya?... *Lata* tenemos jasta que te se olvíe.

FERND. (Alto).—¡Yo! (Dentro).

JOSTO. —¡Tú, sí! .. ¡Y eso no es de hombres! (Id).

HOMBRE. —¡Porque eso no lo jase más que un charrán como tú!

VICTO. (Dirigiéndose á la segunda puerta izquierda).—¡Pero qué es eso!

MANOLO. (Lo mismo).—¿Qué voces son ésas en mi casa?

ANGL. (Lo mismo) —¡Pero!

MANOLO —¡Qué se entiende!... ¿Reñir en mi casa, Joselito?... (FERNANDO, JOSELITO y el HOMBRE, aparecen riñendo cuchillo en mano frente á la ventana del foro y en la refriega, dejan caer una mesa y algunas sillas).

JOSTO. —¡A tí, y otro más hombre que tú! (Acometiéndole).

FERND. (Defendiéndose).—¿Tú á mí?

HOMBRE —¡Toma!

ANGL. (Atribulada llega á la ventana, al mismo tiempo que hieren á Fernando)—¡Jesús! (Luego sale por la puerta izquierda con precipitación) ¡Fernando!

VICTO. —¡Que pasa!

MANOLO. (Saliendo).—¡Lo ha matado!

(JOSELITO y el HOMBRE huyen, ANGELA y MANOLO llegan á FERNANDO que después de hacer algunas tentativas por seguir á sus agresores, al faltarle las fuerzas, se ha cogido á la reja, donde en silencio dará á conocer los dolores que padece).

ANGL. —¡Mi Fernando! (Junto á él).

MANOLO. —¡Muchacho! ¡Pescador! (Lo mismo).

SERAF. (Entra por la derecha sin poder ocultar sù alegría y se dirige á Victoria que está en medio de la escena atribulada).—¡Nada señora! ¡Eso no es nada! Al Pescador de San Telmo que acaban de darle unas *mojás* como dicen los playeros. ¡Cosas de esa gente!

VICTO. —¡Dios mío!

FERND. (Soltándose de la reja y cayendo en los brazos de Angela). —¡Angela, me muero!..... ¡Angela!

(Varios pescadores y hombres, se aproximan á la ventana).

CAE EL TELÓN

NOTA El juego marcado en esta última escena, debe ser rápido, para que resulte animado y verosímil.

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DIEGO y SALVADOR que se dirigen hacia la casa.

SALVD. —¿Qué jasemos por fín, vamos al «Barcelona» ó no?
DIEGO. —Yo por mi parte, no voy..... y si tú eres amigo suyo, debes de jaser lo mismo.
SALVD. —Es que yo tengo muchas ganas de verlo vestío con la ropa é condestable.
DIEGO. —Pos si tienes ganas de verlo vestío con la ropa é condestable, cuando el buque deje el puerto, te enteras adonde vá, le escribes una carta, le pones que te mande un retrato suyo, y más abajo le dices que te envie otro pa mí. Pero lo que toca hoy, jasme el favor de no ir á verlo.
SALVD. —Es que no sé si tú sabrás que el buque leva anclas esta misma tarde.
DIEGO. —¡Déjalo que se vaya! La Vírgen del Cármen vaya con él. Lo que era menester que se hubiera llevao el demonio al temporal que le jizo refujiarse en este puerto,
SALVD. —No... Pos yo voy... Jase más é dos años que no lo veo, y ahora que se ha presentao la ocasión, no la dejo. (Andando hacia la izquierda). ¿Quieres que le diga algo de parte tuya?
DIEGO. (Sujetándole). —¿Pero que vás á alantar con ir?
SALVD. —¡Toma! .. ¡Pos ver á un amigo!
DIEGO. —«Amigo» ¡Cualesquiera cosa es un amigo!..... ¿Tú no comprendes que en el momento que te vea, lo primero que jará, será preguntarte por Angela?. . y tendrás que decirle la verdá, que esta noche se casa con el señor Serafín, ¡y al saber ésto!... ¡se pondrá!... Calcula tú como se pondrá. Porque él está mu penetrao que aquellas puñalás que le dieron Joselito y su hermano, iban por el otro..... Y como de resultas de aquello, vino la muerte é su madre; y de resultas de la muerte é su madre, que á él lo jisieran soldao, y de resultas de habérselo llevao al servicio, el que ese tío sinvergüenza se haiga valío como se ha

valío pa que la muchacha tenga que ser conforme y casarse con él, pasaría..... ¡que sé yo lo que pasaría!... . pero pa mí, que el buque saldría del puerto pero con un condestable menos.

SALVD. —No le darían tan fuertes..... Yo te lo aseguro, las leyes de la Marina son mu serias, y Fernando no es torpe... la prueba está en lo pronto que ha llegao á sargento.

DIEGO. —¡Pues por lo mismo!. . Él tiene hoy jecha su carrera, y sería una lástima que por unas cosas ó por otras, la fuera á perder. Si alguna vez se entera, que sea por otros; pero no es de amigos el que se entere por acá.

SALVD. —¡Paese mentira, lo que se ha formao en esta casa en tan poco tiempo!

DIEGO. —De tóo tiene la culpa el amo (Dios lo háiga perdonao), pero si viviera, se le empleaba bien Por querer tanto á su paisano.

SALVD. —¡Y que no le dejó muchos cargos á la hora é la muerte!...... Albacea, padre menor..... ¡Quisiera yo ver la porrá é duros que tendrá el alma mía!

DIEGO. —¡Sí, será güena!... porque él tiene un gasnate...

SALVD. (Andando). —¡Con que jasta luego!

DIEGO. —¡Pero vén acá! ¿Es que vale menos un hombre que un capricho de otro?

SALVD. —¡Güeno! Me quearé; pero te cuesta un jarro é vino el que no vaya.

DIEGO. —Como si digeras un barril. Lo pagaba á gusto. Así pudiera yo quitarle á mi compare con un tonel la pena que tendrá ensima. ¡Pobresillo!

SALVD. —¡Verdá que es digno é lástima! ¿Y tóo por qué?... ¡Vaya osté á ver por qué!... Por una mujer. Digo lo que tú; el convento más chico había de ser la mar, y la que no quisiera entrar, ¡pataplún! ¡de cabeza! ¡Seña Vitoria! (Entra Angela muy triste).

DIEGO. (Bajo á Salvador). —¡También la pobresilla sufre algo! ¿No ves? ¡Si dá lástima!

SALVD. —¡Vamos, entra! (Salen por la puerta de la casa).

ESCENA II

ANGELA sola se dirije á la playa.

ANGL. —¡Cuánto recuerdo triste acude á mi memoria cada vez que miro al mar! ¡Allí, allí fué donde por primera vez le vieron mis ojos; allí sí, junto á aquella peña fué, donde su arrojo salvó mi vida, y donde mi corazón lleno de gratitud, le dijo; «yo te amo». (Al centro de la escena). Aquí, donde acabaron mis dudas, donde renuncie á aquellas promesas, que si alguna vez las hice, fué creyendo que no correspondía á mi cariño, y donde juré ser suya eternamente. ¡Sólo suya! (Pausa). ¡Dios mío! ¡Cuánto recuerdo! ¡Cuánta amargura! ¿Adonde están aquellas promesas que tantas veces escuché de sus labios? ¿Qué ha sido de ellas? ¿Qué de mi

Fernando? ¿Murió?..... ¿Me robaría su cariño, alguna tempestad?..... Puede que sí... y hasta sería tanta su desgracia, que por único premio á sus bondades solo encontraría una tumba en las entrañas de ese mónstruo horrible. (Pausa). ¿Será cierto lo que acabo de decir? ¿Será un sueño? ¡Contéstame, mar implacable! ¡Háblame, tirano! ¿Te estaré yo contemplando noche y día, para buscar alivio á mis pesares, sin saber que eres el ladrón de mi dicha y la tumba del hombre que más amé en el mundo?..... Pero no: ¡Fernando vive, vive, porque así me lo dice el corazón! Y si vive, ¿por qué no viene, y con su amor, con su valentía, con su fuerza, vence, mata y destruye á esta legión de calumniadores que dudan de mi honra; á los que se oponen á que yo le ame, á que yo le quiera, y favoreciendo los planes de ese hombre infame, me presentan ante él atada de piés y manos y con sonrisa de fiera me dicen: «Ahí le tienes, elije: ó su amor, ó tu deshonra».

(Entra Victoria por la puerta de la casa).

ESCENA III

ANGELA y VICTORIA.

VICTO. —¿Estamos otra vez de playa? (Aparte). ¡Ni que hubiera venío de Madrid á tomar baños! (Alto). ¡Angela!

ANGL. —¡Madre!

VICTO. (Aparte).—¡Y llorando otra vez! ¡Válgame el Cristo é Zamarrilla! (Alto). ¿Pero tú qué es lo que te has creío? ¿Que me vas á matar á sofocaciones? ¿Es pa eso pa lo que se jarta uno de criar á los hijos?. ... ¡Vamos! anda, que la modista quiere que veas el velo que tienes que llevar á la iglesia.

ANGL. —¡El velo! ¿El velo de desposada?

VICTO. —¡O lo que sea! Un peazo é trapo de ese que ponen pa que no piquen los mosquitos, sólo que cuesta más caro.

ANGL. —¡El velo!... ¡No me lo pondré!

VICTO. —¡Te lo pondrás! .... ¡Vaya si te lo pondrás!.... Con que anda y no me dés más dijustos, que bastantes llevo yo pasaos desde que murió tu padre.... ¡Ay! Si viviera mi Manolo, otra cosa sería.

ANGL. —¡Pero madre! ¿Qué es lo que está usted diciendo?..... ¿Que yo he de entregar mi mano á un asesino? A un asesino, sí; porque la desgracia de Fernando es obra suya; mi calumnia, lo es también. Yo debo odiarle, y le odio, y si fuera á obrar como me dice la conciencia, antes de hacerme su esclava, le mataría. Lavaría con sangre esa mancha que ha echado sobre mi honra.

VICTO. —¿Quieres acabar y no ser más loca?

ANGL. —¡Ay madre mía!

VICTO. —Lo que á tí te pasa, lo sé yo mu bien. Mucho mejor que tú, porque mientras tú eres hija, yo soy tu madre. Y pensar tan

solo, que después de haber pasao tanto en este mundo, ¡de haber derramao tantas lágrimas!... ¡cualesquiera! .. ¡el más ruín! ¡el más miserable! te mirara con desprecio, créeme: pero me entran hasta las ánsias de la muerte.

ANGL. —¡Si yo no le quiero! Si mientras más se aproxima la hora, más le odio.

VICTO. —¿Más que yo?... ¡No sé que te diga! .. Pero sea como sea, no hay más remedio que tienes que casarte. ¿Quiere la gente que sea con él? ¡Pos con él!... Mucho es tu sacrificio, bien lo comprendo, ¿pero qué vale, si lo comparas con la deshonra?

ANGL. —¡Verdad! ¡Mucha verdad!

VICTO. —La desgracia nuestra, es haber caío en lenguas de las gentes; por eso tienes que ir á la iglesia, ¡no por un marío!..... ¡no por un hombre con quien compartir mañana las penas y las alegrías..... Vás.. como si dijéramos; *por un peaso é jabón pa lavar una mancha que la lengua de un grandísimo pillo ha echao sobre tu honra*; y cuando laves la mancha, coges el jabón y lo tiras... Y si no, me lo dás á mí, que yo sabré lo que tengo que jaser con él (Como si retorciera el pescuezo a una gallina). ¡Güena es tu madre!... ¡Vamos!

ANGL. —¡No! Déjeme usted aquí. Aquí es menor mi pena; renace mi esperanza, y hasta me parece ver á lo lejos la nave donde viene mi salvador. ¡Mi Fernando!

VICTO. —Déjate de ilusiones. Tu único consuelo, soy yo. El corazón de tu madre, que ni te abandonó nunca ni te abandonará.

ANGL. —Y tiene usted razón.

VICTO. —¡Pos si la tengo! ¿á qué esperas? ¡Abrázame!

ANGL. (Salen por la puerta de la casa y al mismo tiempo entran por la misma puerta DIEGO y SALVADOR embriagados).

ESCENA IV

DIEGO y SALVADOR

DIEGO. (Reparando en Angela y Victoria).—¡Vaya un cuadro!

SALVD. (Lo mismo) —¡La Vírgen de la Soleá vaya con ostedes!

DIEGO. —¿Has visto qué ojos lleva? ¡Paesen dos tomates! Eso es querer de veras á un hombre.

SALVD. —¡Lástima é jembra que se la lleve ese tío!

DIEGO. —¡Oye, Salvaor!

SALVD. —¿Qué?

DIEGO. —¿Tú sabes lo que vamos á jacer ahora mismo?

SALVD. —Tú dirás.

DIEGO. —No serás hombre, como no me digas que sí. Ahora mismo vamos á tomar un coche. ¿Tú llevas *guita*? ¡Dí la verdá!

SALVD. —Quién ¿yo?... Ni una *perra*.

DIEGO. —¡Güeno! No importa: tomamos un coche, le damos al cochero una güena propina, y que mos ponga en el muelle en dos patás.

SALVD. —¡Eso está de primera!
DIEGO. —Y en llegando al muelle, tomamos un bote, y derechitos, derechitos, al «Barcelona»; y preguntamos por mi compare Fernando.
SALVD. —¡Por el condestable Corrales, hombre; por el condestable Corrales!
DIEGO. —¡Güeno! Por Corrales el condestable. Es igual; y después de preguntarle por la salú, le dicimos tóo lo que pasa.
SALVD. —¡Pero más pronto!
DIEGO. —En la inteligencia, que le vamos á dicir tóo lo que pasa con su novia, y con el administraor; y si á mí me se olvía alguna cosa, me la dices tú.
SALVD. —¡Convenío! Pero si esa cosa no la sé yo, pos me la dices tú á mi. (Empujándose).
DIEGO. —¡Pero no achuches! ¡Pos no paese que vienes de las minas del azogue!...
SALVD. —Y tú paeces una boya encima el agua.
DIEGO. —Poquita guasa ¿eh? Aquí estamos en formaliá. ¡Ala! á coger el coche antes que se las vaya á *najar* el «Barcelona». A mí me sa puesto en la mollera que ese tío no se lleve á Angela, y no se la lleva.
SALVD. —¿Y tú llevas *parné* pa tomar el coche?
DIEGO. —Si yo llevara, te iba á peir á tí. ¡So morral!
SALVD. —¡Con que morral! Como me sueltes otra indireta como esa, vas á ver pa lo que has nacío. ¡So atún!
DIEGO. —¡Silencio! ¡No hay que faltar!
SALVD. —¿Llevas la faca?
DIEGO. —Eso es lo que á tí no te importa. Mírala. ¿Y tú?
SALVD. —¿Yo? Tampoco. (Saca otro cuchillo mayor). Esta me costó cuatro pesetas en «Carreterías».
DIEGO. —¡Pos ala! Ya lo tenemos tóo de sobra. ¡A ver á mi compare! (No pueden andar).
SALVD. —¡Pero anda tú!
DIEGO. —No, tú.
SALVD. (Ríe). —A este paso, vamos á llegar antes á San Agustín què al muelle.
DIEGO. —¡¡Cómo es eso!! A San Agustín ván los borrachos y los que llevan jerramientas... ¿Pero nosotros?...
SALVD. —¿Te paece que jagamos una cosa?
DIEGO. —Lo que tú digas.
SALVD. —Mira; en vez de irnos por ahí, (izquierda) mos vamos por aquí (derecha). Pasamos por la «Caleta», mos tomamos una botella y unos calamares, y así llegamos más pronto.
DIEGO. —Y si no hay bastante con una botella, mos tomamos tres.
SALVD. —Y si no siete. La cuestión es ponernos pintones, pa cuando estén en la boa venir á meter la pata. (Aproximándose á la derecha).
DIEGO. —¡Descuida! La meteremos. Llegamos..... y ¡plán! El primer trancazo á la luz. Luego cogemos.....
SALVD. —Cogemos una silla, sacamos la faca; ¡y trís, trás!
DIEGO. —No... Lo mejor que se pué coger.....

SALVD. —La novia. ¿Es eso?
DIEGO. —No.
SALVD. —¿La madrina?
DIEGO. —¡La puerta, hombre! ¡La puerta! (Salen por la derecha último termino).

ESCENA V

ANGELA, que entra por la puerta de la casa, después FERNANDO por la izquierda, en traje de condestable de marina de tercera clase.

ANGL. —¡Ya está todo listo! Ya está preparado el traje para ir al suplicio.
FERND. —¡¡Qué veo!!... ¿Ella? (Aproxímase). ¡Angela!
ANGL. —¡Esa voz! ¡Tú! ¿Fernando?
FERND. —Yo soy... ¿no me ves?... Yo soy, el que arrastrao por tu cariño, echando á un lao, tu olvío y tu falta é palabra, he llegao jasta aquí. Jasta esta casa, de la que nunca debía acordarme, porque aquí tuvieron principio toas mis desdichas, tóos mis pesares y tóos los remordimientos que llevo sobre mi alma.
ANGL. —¡Fernando!
FERND. —Sí, Angela Aquí fué donde labré la miseria en que vivió y murió mi pobre madre. Aquí aonde erramé mi sangre, ¡aquella sangre! que apenas salía é mi pecho, se golvió veneno, pa quitarle la vía á la que tan güena fué y tanto sufrió por mí.
ANGL. (Aparte) —¡Qué desengaño!
FERND. —Por eso, cuando acosaos por el temporal, tuvimos que refugiarnos en este puerto, sentí un malestar tan grande, que antes de entrar en bahía hubiera preferío cien veces luchar con la tempestad, y jasta haber sucumbío en ella; porque así mis recuerdos y mis penas hubieran concluío de una vez.
ANGL. —¡Pero Fernando! ¿Tanto es el odio que me tienes?
FERND. —¿Yo odio á tí? ¿A tí has dicho?
ANGL. —Así lo manifiestan tus palabras.
FERND. —Pues si lo he dicho, miento. Yo odio, es verdá, pero no se qué. Yo podré aborrecer la vía, y tóo lo que me rodea ... ¿pero á tí? Si yo no te quisiera, apenas salté en tierra, me hubiera ío derecho al cementerio y hubiera preguntao por la sepultura grande, donde no se ponen lápidas ni cruces; aonde se amontonan los que recoge la caridá, y allí, sin poner un pié más allá de la orilla, sin saber á punto fijo aonde elevar la vista ni cuál es el peazo de tierra que tengo obligación de regar con mi llanto, me hubiera descubierto y hubiera rezao por el alma de aquella madre mía que tanto sufrió en este mundo, y así hubiera cumplío con un deber sagrao. Pero ya ves como ha sío tóo lo contrario: ni el recuerdo de mi madre, ni los consejos de los amigos han podío atajar mi paso. ¿Y cómo lo iban á conseguir? Si el mundo entero no hubiera sío bastante pa formar una muralla que me estorbara venir á verte.

ANGL. —¡Pero qué dices!... ¿Que te han aconsejado que no vinieras a verme?

FERND. —Cuantos amigos y conocíos encontré. Paese que tóos estaban de acuerdo. Pero ya ves lo que han conseguío.

ANGL. —¿Y en qué se fundaban? ¿Te han dicho quizá?

FERND. —¿A mí? ¿Qué podían decirme á mí?

ANGL. —Nada .. ¿Cuándo se hace á la mar ese buque donde sirves?

FERND. —Pronto... Esta misma tarde: pasao el temporal, ná tenemos que jacer en el puerto. Ya debíamos estar en las costas de Melilla, donde los sagraos intereses de la patria y el auxilio de los que pelean en tierra, mos están reclamando.

ANGL. —¡Pues entonces!...

FERND. —¿Qué?

ANGL. —¡Que vayas á cumplir con tus deberes de hijo!

FERND. —¿Cómo?

ANGL. —Vé á cumplirlos..... Aprovecha el tiempo, y si alguna vez la fortuna ó la desgracia te hace arribar á este puerto, pregunta donde está mi tumba, que allí esperaré tu última prueba de cariño.

FERND. —¿Pero qué estás diciendo?

ANGL. —Vete... y olvídame.

FERND. —¡Angela! ¿Qué dices?

ANGL. —Sí Pero no me maldigas. (Suena á lo lejos la sirena del buque).

FERND. —¡Que yo me vaya de aquí! ¿Que yo te olvíe? ¿Qe no te maldiga? ¿Y por qué?

ANGL. —Sí. ¿No es el «Barcelona» el que acaba de dar aviso?

FERND. --Sí: el «Barcelona» es.

ANGL. —Pues no vaciles. Vete: el deber te llama.

FERND. —Es cierto, me llama el deber; pero antes quiero saber el por qué de ese llanto que brota de tus ojos; quiero saber lo que pasa en tí. ¡Quiero que me digas el por qué de ese olvido que me impones, y ese perdón que reclamas! (Le coge la mano).

ANGL. —Suelta: mi mano no merece rozarse con la tuya.

FERND. —¡¡Pero!!

ANGL. —¡Obedece! ¡Olvídame! Por Dios te lo pido.

FERND. —No. ¡Eso no! El tiempo es corto, y antes de hacerme á la mar, quiero saber la verdad de todo. Habla, Angela. ¡Habla pronto! Ya no suplico: lo mando.

ANGL. —¡Tienes razón! Yo debo hablarte con franqueza..... con claridad... Tú debes saberlo todo, y lo sabrás; para que no me culpes, para que me compadezcas .. ¡Tal vez seas el único! ¡El único, sí!

FERND. —Entonces ¿á qué vacilas?

ANGL. —¿Me dás palabra de ser prudente? (Decidida).

FERND. —Lo que tú quieras, siempre que acabes pronto.

ANGL. —Pues bien..... Esta noche...

FERND. —¿Qué esta noche?

ANGL. (Aparte).—¡Pero quién le dice!...

FERND. —¡Acabarás de decirlo!...

ANGL. —Sí... Esta noche, debo pertenecer á otro hombre.

FERND. —¡¡A otro hombre tú!! ¡A otro hombre mi Angela! (Aparte).

¡Pero Dios mío! ¿qué es lo que estoy escuchando? ¿Será ésto un sueño? (A Angela). ¡Dí la verdá! Pero no.... si lo que has dicho es es cierto, ¡si es verdá!... ¡calla!... ¡no hables! ¡Conviértete en una estátua de piedra, y que por sueño pase lo que de cielo abajo no hay quien sea capaz é disponer que sea otra cosa más que un sueño!

ANGL. —Así lo fuera.

FERND. —Cuando haiga dejao de latir mi corazón, y en mis venas no quée una gota é sangre, serás de otro. ¡Sólo entonces!..... ¡Pero antes!.. ¡Mientras yo viva!

ANGL. —No te exaltes. Espera.

FERND. —Espero, sí.

ANGL. —Yo voy á pertenecer á otro hombre, no por mi propia voluntad. Seré suya, porque así lo exige mi honra.

FERND. —¡Tu honra! ¿Tu honra has dicho? ¡Imposible! Eso no.

ANGL. —Gracias Fernando. Solo tú me haces justicia. Escucha y sabrás cuanto ocurre Murió mi padre, Serafín quedó dueño de esta casa; en ella sólo había dos mujeres; la calumnia se cebó en mí, Serafín la dió crédito .. y hoy... para desterrar esa calumnia, debo casarme.

FERND. —¡Basta! ¡No sigas! Cuanto ha pasao desde aquel día, bien lo sé. Por conseguir algo que no es tu corazón, trató de asesinar á un hombre, y su puñal fué á clavarse en el pecho de una pobre anciana. Por conseguir algo que no es tu alma, ha destrozao tu honra, echando sobre ella una calumnia infame. ¿No es así?

ANGL. —¡Sí! (Suena otra vez la sirena).

FERND. —¡Pues no temas!

ANGL. (Aparte) —¡¡Que no tema!! (Alto). El segundo aviso.

FERND. (Aparte) —¡El segundo aviso!... ¡No temas, no! .. ¡Cielos! (Alto). ¡Teme, sí! Hasta el más sagrao de toos los deberes ... ¡Hasta el deber de la patria, vá en contra tuya! ¡Llora víctima de la calumnia!... (Indeciso). ¡Pero no llores! ¡Consuélate, que estoy yo aquí para vengarte! (Vacilando). ¡Pero no! (Resuelto á marchar). ¡Adios para siempre! ¡Adios! ¡Llora conmigo, llora! (Sale por la izquierda).

ANGL. —¡Adios, mi única esperanza!

ESCENA VI

ANGELA y la SEÑORA VICTORIA que entra por la puerta de la casa.

VICTO. (Entrando).—¡Pues señor!... ¡Estamos bien! ¡Hubiera jecho un carabinero que ni pintao! ¿Angela?

ANGL. —¡Madre!

VICTO. —¡Mujer!... anda á ponerte la ropa nueva, que van á venir los convíaos, y vás á estar jecha una facha.

ANGL. —¿Pero es que no hay otro remedio?

VICTO. —¿Y qué quieres jacer?

ANGL. —Pues déjeme como estoy.

VICTO. —¡Pos tendría gracia! No te paeses á mí, ni en lo más mínimo. Cuando yo me casé, no iba mu á gusto, pero la noche antes, desde que dieron las ánimas, me planté la mantilla y jasta el otro día que vinimos de la iglesia. ¡Con que vamos!

ANGL. —Iré, sí. Lo quiere la fatalidad, ¿á qué oponerse?

(Angela sale por la puerta de la casa y Victoria se detiene al ver los que llegan).

ESCENA VII

LA SEÑORA VICTORIA, ISABEL, MOZAS 1.ª y 2.ª, MOZOS 1.º y 2.º, EL SEÑOR PEDRO y acompañamiento de mozos y mozas

ISABEL. —Ya estamos aquí, Vitoria. No dirás que vénimos tarde.

VICTO. —Vengan ustés con Dios.

ISABEL. (A Victoria en primer término, mientras los demás personajes forman corrillos y hablan bajo).—¿Cómo estás?

VICTO. —¡Jasta los pelos, hija! ¡Jasta los pelos!

ISABEL. —¿Sigue tu hija con su manía?

VICTO. —Como siempre.

ISABEL. —¡Mu mal! ¡Pero mu mal! Cuando las cosas no tienen remedio, no sirve darle güeltas. Otras pobres han sío más desgrasiás que ella... porque ella al fin y al cabo...

VICTO. —¡Mira, Isabel! Dobla la hoja. Que se case, es lo que yo quiero, y luego que Dios disponga.

ISABEL. —Sí; eso es lo primero. Así acabarán las gentes...

VICTO. (Cambiando de tono). —Y tu yerno, ¿se enmendó?

ISABEL. —¡Ca día más pelmazo! Queriéndola mucho, eso sí, ¡pero dándole cá pié é paliza!. .

VICTO. —No hay más que tener paciencia y sufrir A las madres mos ha criao Dios pa eso.

ISABEL. —¡Pero no tanto, hija! ¡Pero no tanto! ¿Y Angela?

VICTO. —¡Arreglándose! (Se aproximan las mozas 1.ª y 2.ª y varias más).

ISABEL. —¡Irá jecha una marquesa!...

VICTO. —¡Regular na más! ¡Tenemos tan poco gusto!

MOZA 1.ª —No diga usté regular, seña Vitoria; que velo y corona, no llevan toas pa casarse.

VICTO. —Eso vá en la moda. Yo me casé con una mantilla é felpa, que era del año é los franceses.

ISABEL. —Y yo con una de encaje, pero prestá. ¡Pero hija mía! Estas gentes de ahora necesitan un cuño.

MOZA 1.ª —¡Si hubieran sío ostedes tan ricas como Angela!...

MOZA 2.ª —¡O que hubiérais tenío un novio tan metío en la finura como ella lo tiene! ¿Podemos pasar?

VICTO. —¿Por qué no? Pasen ostedes: arriba está con la modista.

MOZA 1.ª (A todas).—Vamos, y veremos la novia.

MOZA 2.ª —¡Digo! ¡Jasta modista!...
MOZO 1.º —Mucho cuidao, niñas, que la envidia la castiga Dios.
MOZA 1.ª —Descuide usté, hijo .. que no está el tiempo pa baños.
MOZA 2.ª —¿Dijo usté envidia? ¡Já, já! ¡Vamos muchachas! (Salen todas las mozas por la puerta del ventorrillo).

ESCENA VIII

ISABEL, VICTORIA, MOZOS 1.º y 2.º, EL SEÑOR PEDRO y acompañamiento de mozos.

MOZO 1.º —Y el señor novio, ¿no ha venío toavía?
VICTO. —No tardará; pa las siete quiere que esteis en la iglesia. Con que vaya, pasen ustedes.
MOZO 2.º —Déjelo usté: gracias Jase güena tarde.
PEDRO. —¿Vendrán coches?. . Porque estas piernas mías...
VICTO. —¡Ya lo creo!
ISABEL. (A Victoria).—Entra y me darás una poca é agua.
VICTO. (A todos).—El que quiera tomar alguna cosa, que pase.
VARIOS. —Luego será. Gracias. (Salen Isabel y Victoria).

ESCENA IX

EL SEÑOR PEDRO, MOZOS 1.º y 2.º y demás mozos. MOZA 1.ª y MOZA 2.ª que entran seguidas de las mozas. Forman grupo enmedio de la escena.

MOZA 1.ª (Entrando con enojo). —¡Pos vaya unos moños!
MOZO 1.º —¿Qué pasa? ¿Por qué vienen ustedes así?
MOZA 1.ª —¡Calla! ¡Tú sabes! ¡Habemos llegao jasta la misma puerta del cuarto de la novia, y la mu orgullosa la tiene cerrá!
MOZO 1.º —¡Pues maldito lo que la cosa tiene de extraño! ¿Pa qué son las puertas entonces?
MOZA 1.ª —¡Sí lo tiene! Y mucho.
MOZO 2.º —Como no tengas otra explicación ..
MOZA 1.ª —Pues la explicación es .. que dentro del cuarto se sentía llorar.
VARIOS. —¿A quién? (Con doble intención).
MOZA 1.ª —¡Pues á quién iba á ser! ¡A Angela!
MOZO 2.º —¡Vah! También hay quien dice que si la *Maidalena* lloró antes, que si lloró después...
PEDRO. —¡Malas lenguas!
MOZO 1.º —¡Y es la verdá!

PEDRO. —Pero vamos á ver. ¿Quereis decirme, quién ha sío el que ha visto lo que se murmura? ¿En qué se fundais pa calumniar á esa infeliz?

MOZO 1.° —¡Pues hombre! ¡Faltaría más!

MOZO 2.° —Pues mos fundamos... en lo que toos dicen... y en...

MOZA 2.ª —Déjese usté de sermones señón Pedro. Cuando el río suena, algo lleva.

MOZO 1.° —Mire usté. Pa lo que está á la vista, no es menester gafas Si la cosa ha pasao,—como habrá pasao—pues es lo más natural del mundo, porque el novio, es el que gobierna la casa. El, no sale de aquí... y en una palabra... Es el amo. ¿Más allá que ser el amo de una casa, hay algo? (Asoma Angela á un balcón).

MOZO 2.° —No hay que ajondar tanto. La prueba está en la mano. *El Pescaor* ha estao y está en Málaga

VARIOS. —¡Cómo! ¡Sí! ¡Ah! (Se oculta Angela).

MOZO 2.° —Sí . Está de condestable en el «Barcelona». Y digo yo: si lo que too el mundo dice por ahí, ¡jasta los chaveas! no es verdá, ¿por qué no viene Fernando?... ¿No la quería tanto?

MOZO 1.° —Quién ¿Fernando? A mí me han dicho que le han visto venir esta tarde por aquí.

MOZA 2.ª —Pues entonces, no hay que preguntar más. Ciertos son los toros.

MOZO 2.° —¿Lo ven ustedes? ¡Ya está el llanto explicao! Fernando ha venío, se ha enterao de too lo que tenía que enterarse, y ha jecho lo que cualesquiera. Y digo cualesquiera, y no es así. Otro en su lugar, le hubiera cortao el cuello... ¡Pero como el muchacho es militar!...

MOZA 1.ª —Que te lo corte á tí, ¡so lengüetón!

MOZA 2.ª —¿Es verdá, gracioso? (Aparte). ¡Habrá perdío!

MOZO 1.° —No ponerse muchos moños, que no dice más que la verdá. Habeis nacío pa castigo.

MOZA 2.ª —¡Y ustedes! ¿pa qué habeis nacío?

MOZO 2.° —Pa que mos mateis á sofocaciones. (Al mozo 2.°). Sigue tú, y no jagas caso de nadie. (A las mujeres). Y vosotras callar, que vais ganando mucho.

PEDRO. —Callar, sí: callar, pero callar toos. Gente sois el que más y el que menos, que lo mismo que esa desgraciá, estais expuestos á un mal como ese; y si en la juventú os librais por una equivocación, viejos sereis y tendreis hijos. Si el Pescaor de San Telmo no ha venío, y si ha venío y con el corazón traspasao de dolor ha tenío que golverse, la culpa es güestra.

MOZO 2.° (Aparte á varios). —¡Qué bien se conoce que ha pasao por ello!..... ¡Como su hija!... . (Suena la sirena).

MOZA 2.ª —¡Ya se vá el «Barcelona»! ¡Muchachos! vamos á subir á los cerros y lo veremos salir.

VARIOS. —¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! (Animación).

MOZO 1.ª —¡Esegáñese usté, señón Pedro! Los sermones, pa la cuaresma.

MOZA 1.ª —¡Vamos, muchachos, mientras viene el novio!

(Los mozos y mozas, marchan hacia la derecha).

PEDRO. —¡Ir al cerro! Subir á lo más alto, y murmurar allí, pa que la

calumnia, empujá por los vientos, puea atravesar los mares; que también hay de mares allá lenguas tan sacrílegas como las güestras. (Los mozos salen con algazara). ¡Correr! ¡Correr! ¡Darse priesa! (Hacía la casa, por donde sale). ¿Qué les importa á estos miserables una honra más ó menos?...

ESCENA X

ANGELA, por el balcón de la izquierda de la fachada, con velo y corona puestos. Cuando lo indique el parlamento, suena la sirena del buque y las salvas de despedida. Al final, rodar de carruajes y campanillas por la izquierda.

ANGL. —¿Se acabó ya la murmuración? ¿Está ya satisfecha la fiera? (La sirena y un cañonazo). ¿Qué ruído es ese que atormenta mis oidos y hace extremecer mi cuerpo? ¡Ah! Ese humo que empaña el cielo, es del «Barcelona» ¡Del buque que se lleva mi última esperanza! (Agitando el pañuelo). ¡Adios! ¡Adios, nave magestuosa! Adios, ¡ya mis ojos no volverán á verte nunca! (Otro cañonazo). ¡Adios para siempre! (Páusa) ¡Pero Fernando!..... ¿No me ves? ¿No me oyes? (Salva) ¡Sube á la cofa! ¡Hazme una señal con tu pañuelo! ¡Dame el último adios! ¡El último, sí! (Suena la sirena y otra salva). ¡Nada! ¡Ni una señal, ni una voz! (Con desesperación). ¿Pero no me oyes?..... ¡¡Vira, timonel!! ¡¡Para, maquinista!! ¡Alumbra, rayo! ¡Estalla, tempestad!... y arroja á las playas de San Telmo á ese mónstruo guerrero que se lleva mi última esperanza! ¡Y no me obedecen!... ¡Se aleja! ¡Adios para siempre! (Déjase caer sobre la baranda del balcón y suenan los carruajes y campanillas). ¿Mas qué oigo? ¡Serafín que llega! ¡Cielos! ¿Qué es lo que á mí me pasa? De una parte, la murmuración. De otra, ¡la esperanza que se aleja para siempre! Allí, el calumniador de mi honra, el verdugo de mi dicha. ¿Qué hace falta para consumar el sacrificio?... ¿La víctima? (Desaparece resuelta, cerrando el balcón). ¡Allá vá la víctima!

ESCENA XI

SERAFIN, PADRINO y MADRINA que llegan por la izquierda. Al paño voz de hombre.

SERAF. —¡Esperen ustedes ahí! (Hacia la izquierda entre cajas).
VOZ. —Está bien.
PADRO. —Oyes, Serafín, ¿que en silencio está ésto?

MADRA. —No es extraño. Estarán arreglando las cosas.
PADRO. —¿Pero los convidados?...
SERAF. —No faltarán, descuide usted. Dios me dé tantos bienes como importunos tendremos hoy
MADRA. —Y este ventorrillo, ¿es suyo también?
SERAF. —Sí, señora ¿Qué le parece?
MADRA. —¡Muy hermoso! Puedes hacer aquí un gran hotel.
SERAF. —¡Pienso en ello!
PADRO. —El ventorrillo, y lo que no se vé..... Y sobre todo, la novia. ¡Vale mucho!
MADRA. —¡Quién te había de decir cuando vinistes de la tierra, que ibas á ser rico tan pronto!...

ESCENA XII

DICHOS, más ISABEL y VICTORIA, que entran por la puerta del ventorrillo.

SERAF. (Bajo á los padrinos, señalando á Victoria).—Mi señora madre política: ¿qué os parece?
MADRA. (Bajo).—Así, así... Bastota.
PADRO. (Lo mismo).—Como no te vás á casar con ella, buena es.
SERAF. —¡Mamá! (Se aproximan).
VICTO. (Aparte con enojo). —¡Te veas preso! (Alto). ¡Mu güénas tardes!
(Los padrinos contestan al saludo).
SERAF. —Tengo el honor de presentar á ustedes á doña Carolina García, y su esposo don Agapito Fernández, paisanos y parientes míos, establecidos en coloniales, (Cuarteles 26), de gran posición social y mayor fortuna, los cuales me honran siendo padrinos de boda.
PADRO. —Gracias. Los honrados somos nosotros.
VICTO. (Dándoles la mano con naturalidad). —¡Me alegro de verlos güenos!
MADRA. (A Victoria). —¿Y esta señora?
VICTO. —Mi comadre Isabel. La mujer de Bartolo, fabricante de boquerones fritos, pa mandarlos á fuera. También paga bastante contribución.
ISABEL. —Pa servir á ustedes..... ¿Están ustés güenos? (Saludos recíprocos).
PADRO. —¿Y la señora novia?
VICTO. —¡Ahí dentro!
MADRA. —Pasaremos á verla.
VICTO. —Pasen ustedes y tomarán posesión de su casa.
PADRO. —} Muchas gracias.
MADRA. —}
PADRO. —Sí..... Y abreviaremos, que estos muchachos querrán salir pronto del paso.
(Después de los cumplidos que son de rúbrica en tales casos, pasan los padrinos y Serafín, quedando á la puerta Isabel y Victoria).
ISABEL. —¡Oyes, Victoria! ¿Qué te paesen los padrinos?
VICTO. —¿Qué quieres que me paescan? Que son parientes. (Salen).

ESCENA XIII

MOZAS y MOZOS, por la derecha. Luego SERAFÍN por la puerta del ventorrillo. Al final el PADRINO, por la misma puerta.

MOZA 1.ª —¡Ea! Ya están ahí los coches.
MOZA 2.ª —¿Cuántos vienen?
MOZA 1.ª —¿Pos no lo ves? Cuatro.
SERAF. —¡Buenas tardes señores! (Saludando á todos y dando nombres propios á las señoras). ¡Cuánto bueno! ¿Qué tal?
MOZO 1.º —¡Mu bien! Usté tan contento como too el que se vé en este espejo. (Gran animación).
SERAF. —¿Qué hemos de hacerle? Lo requiere el día.
MOZA 2.ª —¡Señor novio! ¡Está usté mu majo!
SERAF. —Y usted tan guapa como siempre. Vaya; esos coches no hacen nada vacíos, ni nosotros aquí tampoco.
MOZA 1.ª —¡Mucha verdad!
SERAF. —¡Pues á ocuparlos! (Mirando á todos). Vaya un cortejo elegante. ¡Ni que los novios fueran reyes! (1) Vamos .. ¿Estais ya todos? Pues ir andando despacio, que ya os alcanzaremos.
PADRO. —¿Los dejastes ya arreglados?
SERAF. —¡Gracias á Dios! Ahora faltamos nosotros.
PADRO. —Pues cuando tú quieras.
SERAF. —Por mí, ahora mismo. (Salen).

ESCENA XIV

FERNANDO, que llega por el último término de la derecha, con recelo.

FERND. —Ya se fueron todos;..... todos menos ellos..... ni mi Angela ni él. (Mira). Allí están. ¡Por fín! Pa esto he desertao. Pa esto he sío traidor á la bandera.. ¡Qué vergüenza más grande pa un marino! ¡Desertar; abandonar su buque al frente del enemigo! ¿Qué dirán de mí ahora? ¿Que soy un cobarde? ¡No! En la mar y en la guerra, se juega al azar, y la fortuna es la que manda. Al cometerse un delito, falla la ley, y ella es la que dispone. Eso es lo que yo necesito; que el peso de la ley caiga sobre mi cabeza, ¡pero con toa su fuerza!... ¿Pa qué sirve la vía?. . Pa ná... ¡Pero no!... ¡La vía vale mucho!... El muerto no pué vengarse, y yo, aunque pierda cien vías después, necesito vengarme. ¡¡Pero vengarme!! como lo desea mi corazón. Como me aconseja

---

(1) Los concurrentes se dirijen á la izquierda, y van desapareciendo con alegría y algazara. Al figurar que parten los carruajes, se aumenta la alegría con risas, cantares, palmadas, etc., etc.

este recuerdo santo que ni siquiera un momento se me aparta de aquí, y como lo reclama á voces la honra de esa mujer..... ¡Pero no salen y yo pueo caer en poer de la justicia!... porque no hay duda, que á estas horas me están buscando. ¿Y cómo no, si soy reo de muerte? ¡¡Reo de muerte!!... ¡Horror! Pero no; soy reo de muerte, porque una voz salía de una tumba me ha traío jasta aquí, porque la justicia me llamaba á grandes voces;..... porque jasta el mismo oleaje se regolvía contra mis remos, y en ese lenguaje misterioso que tienen las olas, me decían: ¡á tierra! ¡güelvete á tierra, que el deber te llama! (Mira). ¡Ah! ¡Aquí están!

ESCENA XV

FERNANDO, ANGELA y SERAFIN que entran.

FERND. (Anteponiéndose).—¡Alto y atrás!...

SERAF. —¡¡Cómo!! (Con sorpresa).

ANGL. —¡Mi Fernando! (Lo mismo).

SERAF. —¿Tú aquí?

FERND. —Ya lo vés.

ANGL. —¿Pero no embarcastes? ¿Has desertado?

SERAF. —¿Qué es lo que pretendes?

FERND. —¿Y me lo preguntas?... ¿No lo sabes? ¿Tan reservá es tu conciencia que no te lo dice?

SERAF. —(Resuelto). —Déjanos paso, y no seas loco.

FERND. —¿«Paso»?... Tú eres el que le robó á mi madre la vía. ¡Tú!... por conseguir que esta mujer sea tuya, le has robao la honra. Golverte atrás, remediar esos males, ya no puees; porque resucitar á un muerto, es imposible, ¡tan imposible! como degolver la honra á una mujer. Llevarte á los tribunales; peir justicia pa castigar tus crímenes, sería una locura; pero hay en el mundo un juez que no te perdona, y ese juez, soy yo.

ANGL. (Aparte).—¡Dios mío!

SERAF. —Me dá lástima verte en esa actitud. Déjame paso.

FERND. —¡Imposible! Angela no será mía ¡pero ni tuya!

SERAF. —Paso he dicho ó tu vida. (Saca una pistola pequeña, de un cañón).

ANGL. (Corriendo á la casa).—¡Ay! ¡Mi Fernando! ¡Socorro, que se matan!

FERND. —Más fuerte que tu brazo es la mar, y sin embargo, nunca la he temío. ¡Tira, cobarde, si empeño tienes en conseguir tu intento! ¡Tira, que si en el cielo no hay justicia, tu bala se encargará de decirlo!

SERAF. ¡«Justicia»! ¡Ahí la llevas! (Dispara y no sale el tiro, luego tira la pistola con coraje). ¡Maldición!

FERND. (Saca un cuchillo y le mata). —¿Lo ves tú como hay justicia? ¡Mírala!

SERAF. (Cayendo).—¡¡Ay!!... ¡Me has ma...ta...!

ESCENA ULTIMA

FERNANDO, SERAFIN tendido á sus piés. LOS PADRINOS, VICTORIA é ISABEL y ANGELA que avanza hacia FERNANDO.

PADRO. —¡¡Qué es ésto!! }
MADRA. —¡Serafín! } Casi á la vez.
ISABEL. —¡Un muerto! }
VICTO. —¡Tú! }
ANGL. —¡Huye! ¡Corre! ¡Sálvate!
PADRO. —¡Infame! ¡Asesino!
FERND. —¡A orgullo lo tengo. Porque he vengao á mi madre y la honra de esta mujer!
(Tira el cuchillo al mar y se abraza á Angela).

CAE EL TELÓN

Fín del Drama.

OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR

La primera falta.—Novela original. (Segunda edición).

Españoles en campaña.—Episodio dramático en un acto y en prosa, original.

Odio de raza.—Drama en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición).

El Pescador de San Telmo.—Drama de costumbres andaluzas en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Principales librerías y casa editorial.

PROVINCIAS

Principales librerías y señores representantes de la casa editorial Hijos de E. Hidalgo.